

La Ilustración Artística

AÑO XXI

← BARCELONA 1.º DE DICIEMBRE DE 1902 →

Núm. 1.092

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DÍA DE INVIERNO, cuadro de Enrique Serra



SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea. Declamos ayer...*, por Emilia Pardo Bazán. — *IV centenario de la Universidad de Valencia*, por Francisco Muñoz Dueñas. — *Fiestas de San Martín de Canigó*, por M. — *La serpiente en el pecho (Historia vulgar)*, por Zeda. — *Los restos de Colón en la catedral de Sevilla*, por X. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *Via libre*, novela ilustrada (continuación). — *Tilly Bebé, la domadora de leones*, por X.

Grabados. — *Día de invierno*, cuadro de Enrique Serra. — *Valencia. Once vistas fotográficas de las Fiestas celebradas con motivo del IV centenario de la fundación de la Universidad.* — *Exposición Bibliológica celebrada con motivo de dicho centenario. «Las Trobes», primer libro impreso en España.* — *Fiestas del IV centenario de la fundación de la Universidad. La Capella de Manacor.* — Ocho vistas fotográficas de las Fiestas celebradas en San Martín de Canigó (Cerdaña francesa). — *El Consistorio de los Juegos Florales de Barcelona en las fiestas de San Martín de Canigó.* — *Los restos de Colón en la catedral de Sevilla. Tímulo levantado en el crucero de la basílica, en donde fueron depositados los restos de Colón, durante la ceremonia religiosa.* — *La coronación de Nuestra Señora de Begoña (Bilbao)*, cuadro conmemorativo de José Echeña. — *Jubileo de S. S. León XIII. El papa bendiciendo una peregrinación en la sala de las beatificaciones.* — *El laureado poeta D. Aniceto de Pagés de Puig.* — *Tilly Bebé, la domadora de leones.* — *Un bautizo*, cuadro de Domingo Fernández y González.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DECÍAMOS AYER...

Y suma y siguen á la orden del día los crímenes, con ó sin misterio, y continúan los criminales fugitivos que se evaporan como una gota de perfume y que para burlar á sus perseguidores emplean recursos de ópera cómica, enseñando la medalla de la policía, al modo que Lindoró, en el *Barbero de Sevilla*, enseña á los alguaciles el distintivo que cruza su pecho. Yo bien quisiera hablar aquí de altas y nobles acciones, ó por lo menos de estrictos deberes cumplidos; pero en cualquier hoja impresa que os caiga en las manos, no veréis sino puñaladas, tiros, sangre, exterminio y desolación...

* *

La recrudescencia de la criminalidad pica en historia. Muchos la achacan á los indultos, sobrado amplios, que se concedieron con ocasión de la jura del Rey, y que arrojaron á la calle, en las especiales más malas condiciones para corrección y enmienda en que necesariamente se encuentran los licenciados de presidio, á un sinnúmero de ellos. No profeso, en materia penal, opiniones cerradas. Parece que las instituciones y leyes penales, como todas, han de subordinarse al estado del país, á su situación, á sus necesidades del momento. Claro es que, por el sentimiento, por estética, me desagrada la pena de muerte dondequiera, y que por la razón, me indigna donde se puede organizar la represión en otra forma, no tan dura é irreparable; mas aquí, dada la falta de instrucción, la terrible cifra de analfabetos, la propensión al anarquismo sentimental, el poco respeto á la propiedad y á la vida ajenas y otras mil concausas, entiendo que la impunidad es un mal mayor que la severidad en el castigo. No se moraliza castigando..., ¡bien lo sé!, pero se reprime, se ataja el daño, se pone un tapón á la hemorragia..., y aceptemos el paliativo, á falta del seguro remedio.

* *

La naturaleza humana no es, como quería Rousseau, excelente en su origen y pervertida por la civilización después. Aciertan mejor los que, ó por la fe ateniéndose al Génesis ó por la ciencia siguiendo la doctrina de la evolución, la juzgan mala en sí, y la suponen partiendo del instinto para llegar, trabajosamente, á relativa moralidad. El arrepentimiento del culpable es por otra parte fenómeno tan poco frecuente, que la Iglesia celebra con superior veneración á los grandes arrepentidos que á los grandes virtuosos desde el nacer. Y el arrepentimiento lo engendran casi siempre los merecidos castigos, no los perdones arbitrarios y caprichosos. Por todo ello no estoy á bien con los indultos, á los cuales ni siquiera abona el representar un movimiento generoso del real ánimo, puesto que es la influencia polí-

tica la que juega hasta con cosas tan sagradas como las libertades y las vidas de los hombres y aconseja al rey la clemencia, según conviene á los intereses de los partidos. La cadena de la impunidad se eslabona así: primero, la blandura del jurado, que es un bizcocho generalmente, y un día se desquita siendo una piedra berroqueña; luego, las influencias, que en repetidos indultos van echando á la calle á un criminal, sin que la sociedad cuide siquiera de vigilar su conducta y de proporcionarle modo de vivir honradamente. Ahí salen por manadas, á acrecer la espuma negra y fétida que baña á las grandes capitales, ó á ser terror de las aldeas y jaqueca de la Guardia civil, á acentuar el malestar que todos advierten, á envolver con otro crespón nuestro turbio celaje social, y á reforzar, en las clases pobres y desvalidas, la idea de que todo se debe al favor y al azar venturoso, de que el destino de cada hombre no es consecuencia de sus actos, sino de la casualidad feliz que le pone en relación con este ó aquel valimiento, ó determina que le coja la racha de la clemencia ó del rigor... Y no creo que exista concepto más inmorale de la vida que este.

* *

Ahí está, verbigracia, el caso del cochero, cuyo asesinato, ó cuyo homicidio (califiquenlo los jueces), tanto da que hablar estos días, hasta en la Cámara de los diputados. Hecho que tal luz arroja sobre nuestro estado, quedaría oculto como otros mil, si por naturales motivos no lo esclarecen personas de elevada esfera. Al hablarse en el Congreso del caso del cochero Zaballa, cualquiera creería que se trataba de algo inusitado. En mis Mariñas, por lo menos, es frecuentísimo eso de que en riña salga un hombre herido de muerte y se retire á su casa á dar las boqueadas cuatro ó seis días después, y se le pueda poner por epitafio el título de una novela rusa: «Murrió... y lo enterraron.» Generalmente no hay necesidad de dar paso alguno para evitar las consecuencias de un homicidio en disputa: ellas se evitan solas. La familia del muerto teme más á la intervención de la curia que á un nublado; la curia no experimenta afán de mezclarse en lo que no ha de reportarla un céntimo. Si el matador es rico ó tiene enemigos..., entonces el cotarro se revolverá; si es un pobrete, ¡requiescat! — A mal dar, se ponen en juego todo género de influencias para que el informe de los médicos forenses no comprometa, para que se califique de «lesiones menores» el agujero más profundo de la piel y la trituñación de los huesos. Nadie se preocupa de lo que pueda sobrevenir. La justicia no mira, la sociedad se encoge de hombros; á los quince días, ni en los corros aldeanos se habla ya de aquel «malpocado» que pudre la tierra...

* *

A dos pasos de mi casa de campo he visto desarrollarse un drama ignorado, sombrío y cruel. Un mozo aldeano, sostén de su familia, el que con la azada ganaba el pan, fué asesinado alevosamente, al retirarse, al obscurecer, por un camino hondo. Desde un seto próximo le dispararon un tiro de revólver, que le pasó el corazón. Cayó revolcándose en las convulsiones de la agonía; entretanto, el asesino atravesaba unas eras é iba á ocultarse en su choza, á fin de poder asegurar que no estaba fuera aquella noche. Hubo quien presenciara la escena; hubo quien encontró á la víctima aún con soplo vital... y huyó, por no verse «envuelto con la justicia.» Toda la aldea supo quién era el criminal; constaba que semanas antes se había jactado de preparar su hazaña, de que la realizaría en breve. Nadie declaró. Se incoaron lánguidamente las primeras diligencias, y quedóse todo, como decirse suele, en agua de cerrajas. — Las malvas y las ortigas del campo santo aldeano se abonaron con aquel cuerpo joven y robusto... No pasó otra cosa.

* *

Es decir, sí: pasó una cosa igualmente vulgar. El padre de la víctima era un viejo que padecía grave enfermedad del estómago. Sentíase algo mejorado: con la pena, empeoró. Había que trabajar, que trabajar más, ahora que faltaban los brazos del hijo. Para lograr la salud, sin la cual no adelanta el trabajo, el labriego apeló á los remedios de un curandero, de quien la credulidad hizo un sabio profundo. Los remedios, al pronto, aliviaron su mal; pero ignoró si por culpa de ellos ó por el sordo trabajo de

la naturaleza, transformóse el padecimiento y surgió la locura. El padre del asesinado falleció entre ataques furiosos, espumando, queriendo destruir cuanto le rodeaba, y fué á reunirse con su hijo bajo la sombra del olivo añoso que decora el humilde cementerio.

* *

Yo había hablado con aquel padre, pocos días después de la tragedia. Envuelta en su amargura llevaba una resignación fatalista. ¿Qué podía él hacer; qué iba á remediar ya, con empeñarse y agitarse para que el crimen no quedase impune? ¿Y cómo meterle en la cabeza que la serie de otros crímenes anteriores, impunes porque otros padres habían pensado como él, era lo que probablemente le costaba la vida del pedazo de sus entrañas? Más alto que mis reflexiones hubiese hablado el miedo secular, el pavor de la justicia, la convicción trágica de la vanidad del esfuerzo. El hombre prefirió tragarse su pena, dejarla depositarse en el cerebro y en el alma, hasta la pérdida quizás de la razón... Todo menos luchar. Todo menos reaccionar contra lo que juzgó inevitable.

Si mi labriego hubiese sido un hombre del Mediodía, tampoco acude á la justicia: lo que hace es tomársela por la mano. Espera en la misma revuelta del camino al matador, una noche sin luna ni estrellas, y le deja seco. La psicología de mi tierra es muy diferente. La resignación forma la base del carácter de ese aldeano cuyas afinidades con el mujik ruso más de una vez tuve ocasión de notar. Nada hay de moruno ni de italiano ni de corso en nuestra índole moral, y las vendettas á plazo largo son tan raras, como frecuentes las quimeras y los palos.

* *

En Madrid abunda todo: rencores, rencillas, pasionalidades, arrebatos, y el delito sencillamente generado por la embriaguez y la sensualidad, la delincuencia *juerguista*, á que se aludía ayer en el Congreso. ¡Triste síntoma, por lo frecuente! La muchedumbre está predispuesta al delito mediante una especie de contagio. — Pocos días hace que asistí á la última función del teatro de Apolo. Hay que esperar á la entrada, en el hermoso y amplio vestíbulo, á que la penúltima termine, y se agolpa, esperando, un gentío en que se confunden todas las clases sociales, pues á esa última función del popular teatro concurren

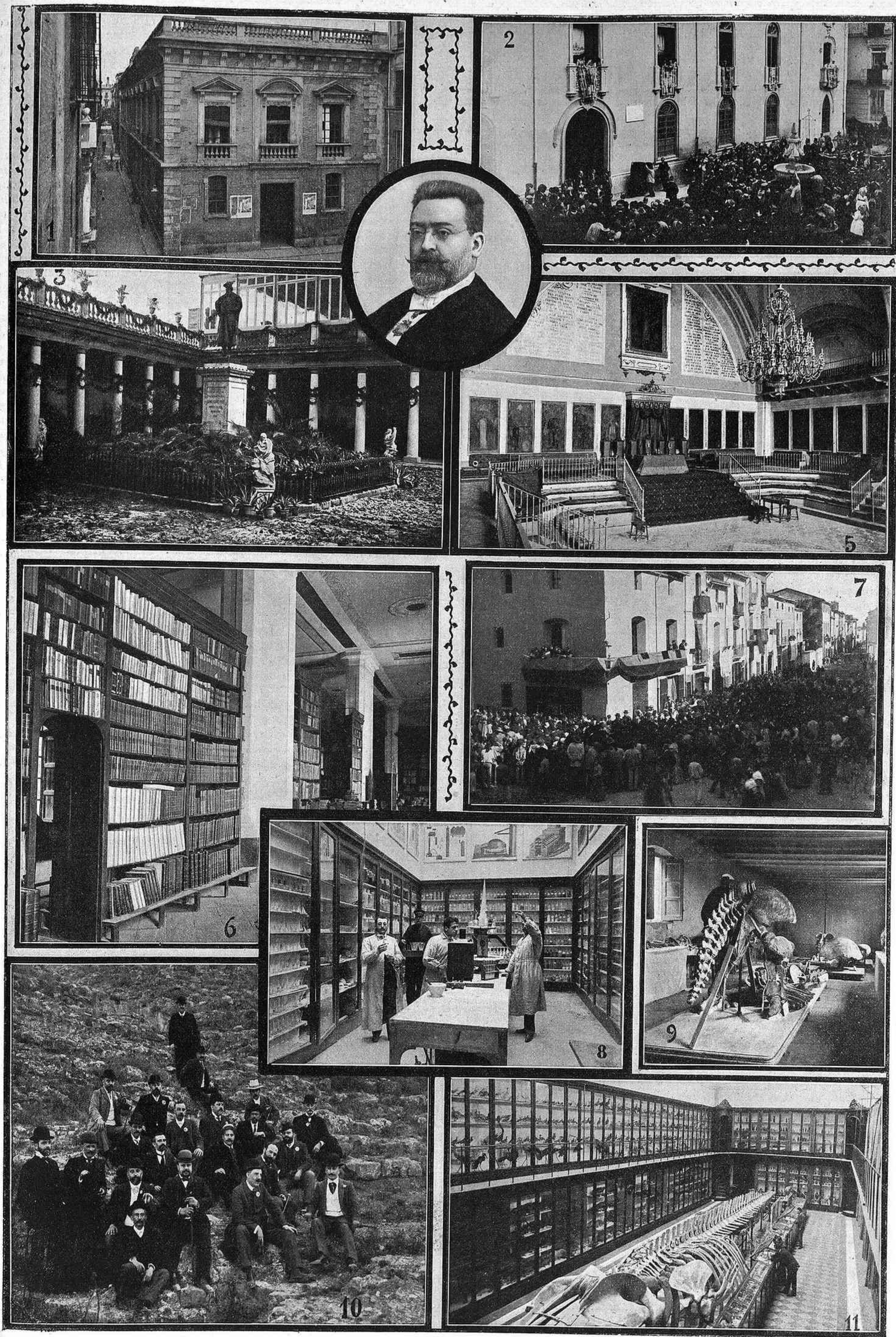
desde la princesa altiva
á la que pesca en ruin barca...

El gentío, cuando llegamos al vestíbulo y nos refugiamos en una esquina para que no nos envolviese la ola, hervía impetuoso. Se escuchaban chillidos, silbidos, imitaciones de cantos de gallos, carcajadas, imprecaciones. Contra la barandilla de la escalinata acorralaba un centenar de hombres á dos ó tres mujeres, jugando á estrecharlas más y más, al principio como en broma, luego oprimiéndolas hasta quitarles el respiro é hincarles las costillas en la cavidad torácica. Una de aquellas mujeres, pálida, exánime, se desmayó. El apretujón continuaba. Entonces un oficial de artillería, indignado, la emprendió con los cobardes, y sacó en vilo á la mujer. Toda aquella horda retrocedió al ver que un caballero les hacía cara. Así Cyrano de Bergerac, contra el centenar de malsines. Y los agentes de la autoridad... haciéndose los suecos, por supuesto.

* *

Esos mismos que aprietan contra una balconada de mármol á mujeres indefensas — sean ellas quienes fueren, que para el caso nada importa, — son los que, á la puerta de un colmado, abollan la cabeza á un cochero arrebatándole la vida, ó pasean en fila á un rebaño de infelices para escarnecerlas entre el lodo de la calle. Sea la ley severa con ellos, y póngase coto á las demasías de este género de rufianes, graciosos chocarreros, viciosos prosaicos y malhablados; castíguese en ellos algo peor quizás, para las costumbres, que la criminalidad de otra naturaleza; pues, como dijo acertadamente Azcárate en la sesión de ayer, el criminal nato es un caso poco frecuente, pero estos criminales ocasionales y *consuetudinarios* abundan, cunden y contaminan á la sociedad entera.

EMILIA PARDO BAZÁN.



VALENCIA. - FIESTAS CELEBRADAS CON MOTIVO DEL IV CENTENARIO DE LA FUNDACIÓN DE LA UNIVERSIDAD

1. Edificio de la Universidad. - 2. Procesión cívica: el Alcalde de Valencia descubriendo la lápida de la casa en donde estuvieron establecidos los primeros estudios universitarios. - 3. Adorno del claustro central de la Universidad. - 4. El Dr. D. Manuel Candela, Rector de la Universidad. - 5. El Paraninfo en donde se han celebrado las asambleas. - 6. Un rincón de la Biblioteca. - 7. Llegada de los excursionistas á Sagunto. - 8. Prácticas en el Gabinete de Química. - 9. Colección paleontológica. - 10. Concejales de Madrid y de Valencia en las ruinas del teatro de Sagunto. - 11. Gabinete de Historia Natural (de fotografías del Sr. Barberá Massip).

IV CENTENARIO DE LA UNIVERSIDAD

DE VALENCIA

Valencia ha presenciado recientemente un espectáculo hermoso, culto, simpático: la celebración de la cuarta centuria del fundamento de su Universidad.

Hermoso, por la poesía que encierra el honor a la gloria, el recuerdo al pasado, el tributo a la patria; culto, por la calidad de los festejos, la solemnidad de los actos oficiales y la corrección impresa a los mismos por los particulares; simpático, porque en sí lo es una ofrenda al saber y al trabajo.

Representaciones de casi todas las Universidades españolas, comisiones de muchos ayuntamientos, notabilidades científicas y literarias, han venido a encumbrar la fiesta con su presencia.

Inauguración de la Extensión Universitaria, Asambleas Universitarias y Pedagógicas, veladas teatrales, colocación de lápidas conmemorativas, certamen literario, *Tedum*, fiesta en el Jardín Botánico y apertura de tres exposiciones (Bibliológica, Pedagógica y Paleontológica); tales han sido los actos celebrados por nuestro primer centro docente.

Visitemos el edificio.

¿A qué fijarnos en el exterior? La gran fábrica de piedra y ladrillo, hecha con aquel insubstancial gusto que predominó en la época de su reconstrucción, no ofrece nada digno de notarse.

Pasemos bajo la bandera que ondea en la puerta, y atravesando el vestíbulo, llegaremos al gran patio central.

No es posible figurarse nada más encantador.

Aquello es lo que debía ser. La patria del arte y

nas de laurel sirviendo de marco á tarjetones rojos, sobre los que destacan en dorados caracteres los nombres de aquellos que dieron timbres gloriosos á la Universidad, separan una de otra guirnalda; junto á las paredes, grandes macizos de plantas, y sobre ellos, orlados con palmas, sendos medallones de

Coronando aquella oscilatoria y caudalosa corriente, que tan pronto se detiene como gira, avanza ó retrocede, se destaca en medio del patio, sobre blanco pedestal, una figura de bronce: es la escultura de un preclaro hijo de Valencia, de un filósofo eminente, de un héroe del pensamiento; es la estatua de Luis Vives.

No creo tengáis inconveniente alguno en acercaros á una gran puerta engalanada con amarantos y hojas de magnolia.

Allí se detienen todos los pasos, se dirigen todas las miradas. Es la puerta del Paraninfo.

¿Qué pasa dentro? Acaba de inaugurarse por el rector el curso de Extensión Universitaria.

Sí, ya es llegado el día que la Ciencia, saltando las barreras impuestas por la costumbre, abandone las aulas y llegue á esas clases proscritas, á esas multitudes menesterosas que luchan con su falta de posibles para adquirir instrucción.

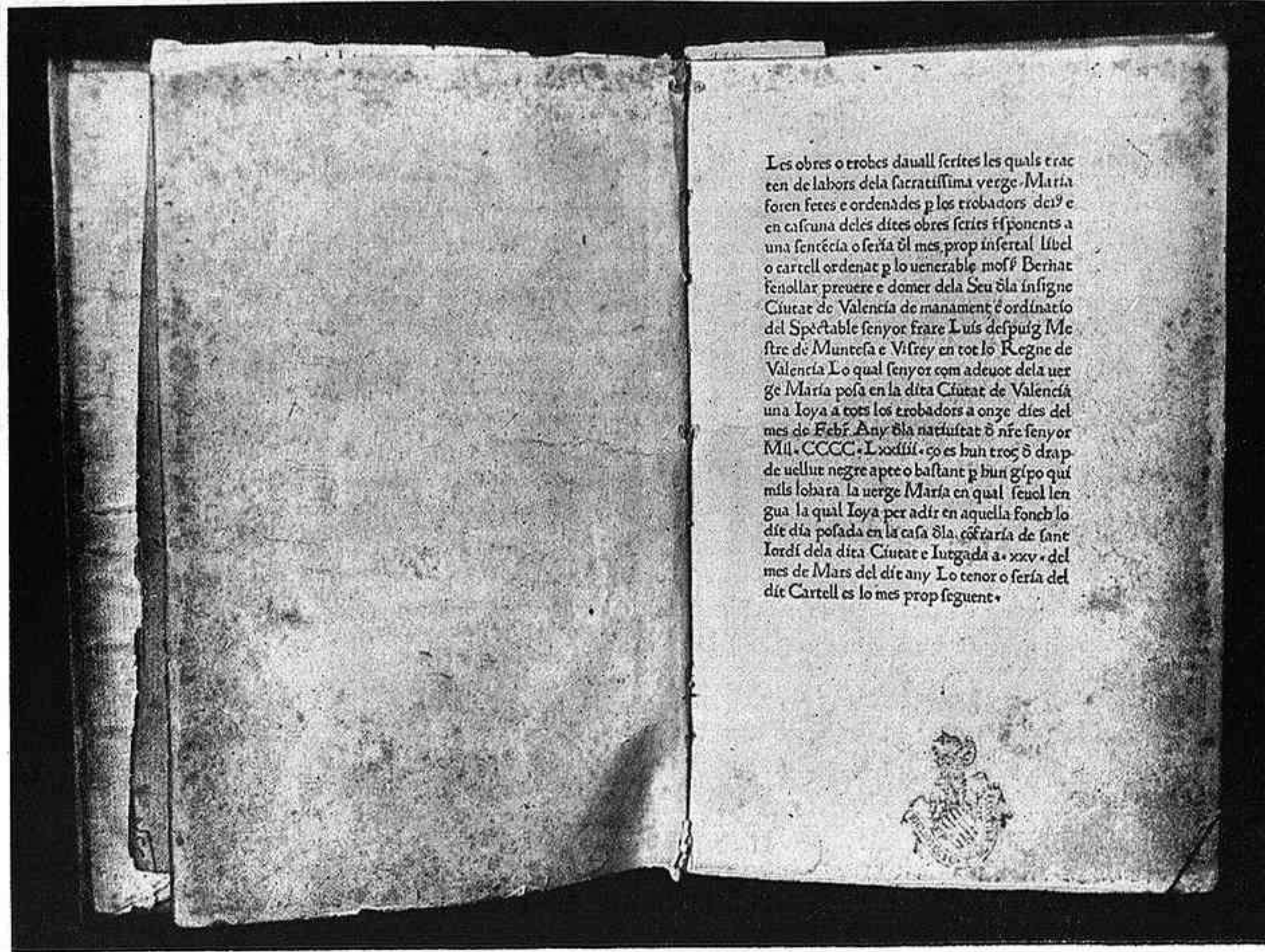
El pensamiento de Osborne Gordon, que tomó cuerpo en Cambridge, llega á nosotros grande, impetuoso, anhelante de amor universal, sembrando los beneficios de la enseñanza, despertando energías atrofiadas en este pueblo grande que sabe sentir y amar.

La muchedumbre no es tan compacta, decrece poco á poco el número de visitantes. Se despeja el Paraninfo: entremos.

Estamos casi solos.

Solos, frente á treinta y ocho retratos que adornan las paredes del local y que representan la historia de aquel sitio.

Contemplándolos, parecemos ver los esfuerzos titánicos de los jurados para mantener los estudios creados por ellos á costa de tantos sacrificios. Las sombras de Jerónimo Boix y Jerónimo Dassio, los dos primeros rectores, pasan enseñándonos aquellos



VALENCIA. - Exposición Bibliológica celebrada con motivo del IV Centenario de la fundación de aquella Universidad. «Las Trobes», primer libro impreso en España (de fotografía del Sr. Barberá Massip)

yeso con los bustos en bajo relieve de las figuras históricas que fueron el primer jalón de aquel centro de cultura: Alejandro VI y Fernando V, sus creadores; San Vicente Ferrer y Sixto V, sus protectores; Juan de Villarrasa, Pedro Esplugues, Enrique de Sagra y demás jurados, que acordaron su constitución y la llevaron á efecto en 1499 y 1502.

Por los claustros discurre numeroso público, y en un solo núcleo se confunden todas las clases sociales. Juntanse la levita y la blusa, el chaleco del trabajador y la americana del empleado, el sombrero de la burguesa, el céfiro de la modista y las trenzas



VALENCIA. - FIESTAS DEL IV CENTENARIO DE LA FUNDACIÓN DE LA UNIVERSIDAD. - LA CAPELLA DE MANACOR (de fotografía del Sr. Barberá Massip)

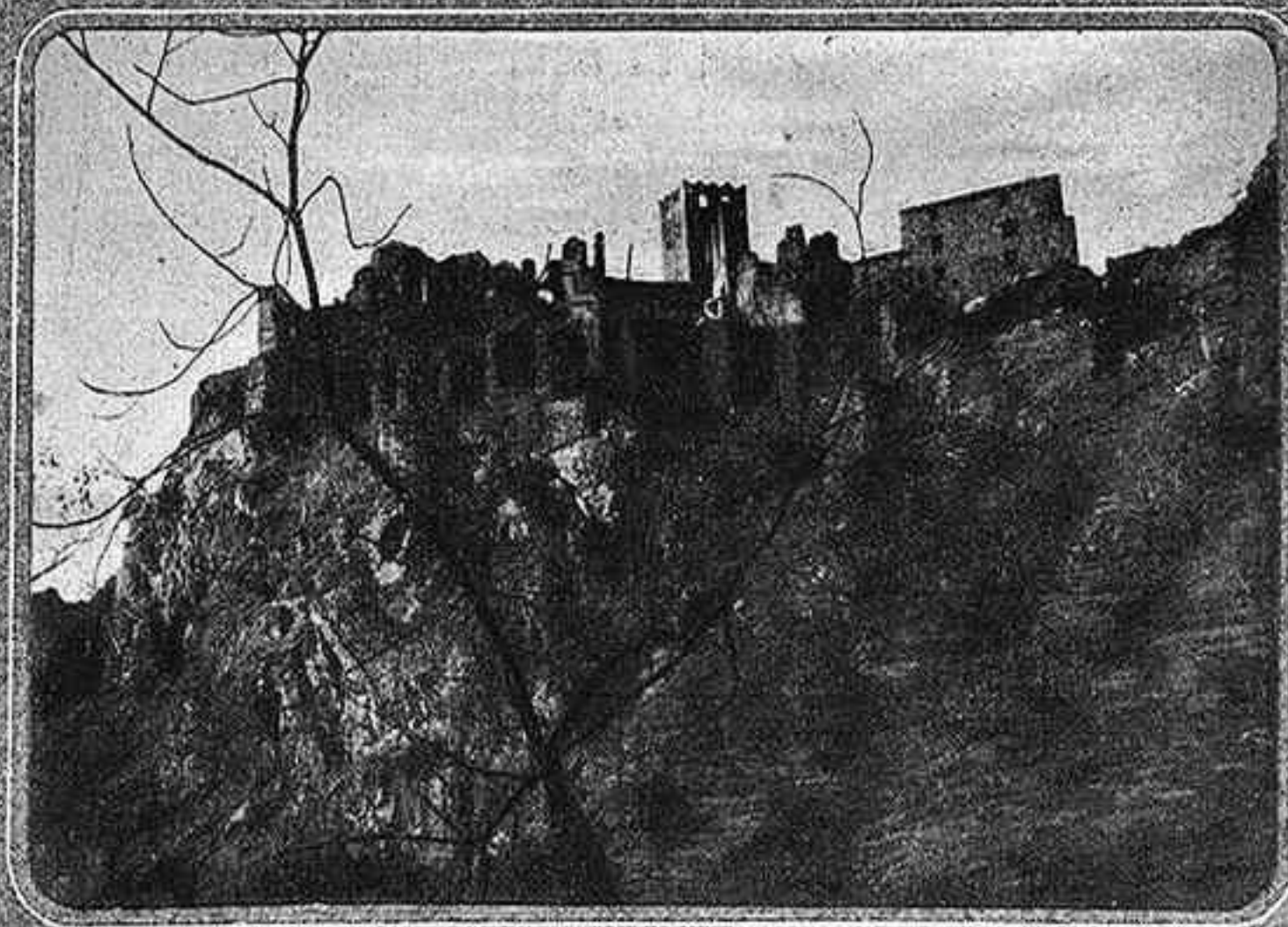
de las flores dando una fiesta en obsequio á la sabiduría.

Espacioso claustro. El ancho friso y dóricas columnas festoneadas por guirnalda de flores y follaje tiene unos cambiantes de color indescribibles; coro-

de la hortelana, y entre aquel ir y venir de plumas, gasas, paños y algodón, entre aquella variedad de matices y perfumes, se ven siempre plácidas sonrisas, gestos expresivos de ánimos satisfechos, sin que un grito extemporáneo venga á romper la solemnidad.

estatutos que tanto trabajaron hasta implantar y aquel irrisorio sueldo asignado á los catedráticos. Desvanécense estas figuras y creemos reconocer en otra la del maestro B. Alcalá, rector en los años que Juan Lorenzo y Guillem Sorolla sostenían, con las

RESTAURACIÓN DEL MONASTERIO DE SAN MARTÍN DE CANIGÓ



FIESTAS CELEBRADAS EN SAN MARTÍN DE CANIGÓ (CERDAÑA FRANCESA)

La procesión. - Monseñor de Carselade, obispo de Perpignán. - Dom Antonio, ex abad mitrado de Chambaray y actualmente limosnero de los Benedictinos de Espira de l'Agly.
- La procesión al través del bosque. - Ruinas del monasterio de San Martín vistas desde el fondo del torrente. - Reliquias de San Galderico y San Martín. - La Virgen de la Soterrana. - La procesión dentro del recinto de las ruinas (de fotografías de D. Joaquín Cabot).

armas, los derechos de las Germanias, causa del acuerdo de clausura de los estudios por falta de fondos para sostenerlos. Más tarde trabamos conocimiento con el rector Salaya, que pidiendo a la Santa Sede una indulgencia plenaria en favor de cuantos contribuyesen con limosnas (!) y donaciones al progreso de aquel establecimiento confiado a su custodia, cree poder así sostenerlo. Después pasa una figura grave, austera, reposada; el papa Sixto V, que suprimiendo las preposituras en la Catedral, aumenta las clases con parte de las rentas de aquéllas. A poco vemos una grande aureola, entre cuyos fulgores se distinguen a Pedro Ximeno, Andrés Sampere, Pedro Antonio Benter, Jaime Esteve, Luis Collado, Lorenzo Palmireno, Jaime Ferraz, Gaspar Bono y tantos más como lucen en el siglo de oro de nuestra historia.

Después aquel fulgor se enturbia; ¿qué ocurre? Los reyes intervienen en la enseñanza.

Apenas el poder central influye en la Universidad, cuando empezaron a proveerse cátedras y rectorados en nulidades sin otro mérito que las recomendaciones y que convierten las aulas en gallinero de tomistas y antitomistas. El fulgor que resplandecía sobre la institución de Alejandro VI desaparece poco a poco. Ciertamente brotan algunos chispazos con los nombres de Juan Gil Trullench, Melchor de Villena, Miguel Vilar, Tomás Vicente Tosca, Antonio José Cabanilles; pero éstos, más bien parecen rezagados de otro tiempo, recuerdos de otro siglo.

Por fin, a últimos del XVIII, es nombrado rector D. Vicente Blasco, quien inaugura un nuevo plan de estudios y logra, tras de muchos afanes y trabajo, aclarar aquellos horizontes tan cerrados. El mundo saluda a Vilaroig, Sala, Liñán, Rojas Clemente y Orfila, todos de aquella época.

A esto, nos parece oír el estruendo de la guerra de la Independencia. ¡Valencia sitiada! El edificio de la Universidad destruido, los estudiantes convertidos en artilleros.

Después... nuevos y nuevos planos que se suceden..., el desbarajuste..., el caos.

Más tarde..., hoy, ¿quién sabe?, los albores de una regeneración, de una era de progreso que se inicia.

Esta impresión saqué del Paraninfo el día de la inauguración, y la misma llevaba el último, saliendo del Botánico, luego de aplaudir la idea de elevar un monumento a Cabanilles: la doy a la publicidad por ser la de cuantos asistieron a los festejos.

Que la Universidad de Valencia ha dado un paso de gigante en el sentido civilizador, no cabe duda. ¿Seguirán otros nuevos al primero? Sí. Imaginar lo contrario causa desesperación.

Estar en el árido desierto de la a tonía é indolencia; ver a lo lejos el oasis de la actividad, que calmará nuestra torturante sed de cultura y elevación social; contar con energías suficientes para llegar, y al segundo paso apoderarse de nosotros el decaimiento, que nos hace dar en el abrasado arenal sin otra esperanza que la muerte y la deshonra... ¡Sería cruel, sería horrible!

Prefiero mi optimismo, prefiero mi sueño. No quiero despertar.

FRANCISCO MUÑOZ DUEÑAS.

Valencia, noviembre de 1902.

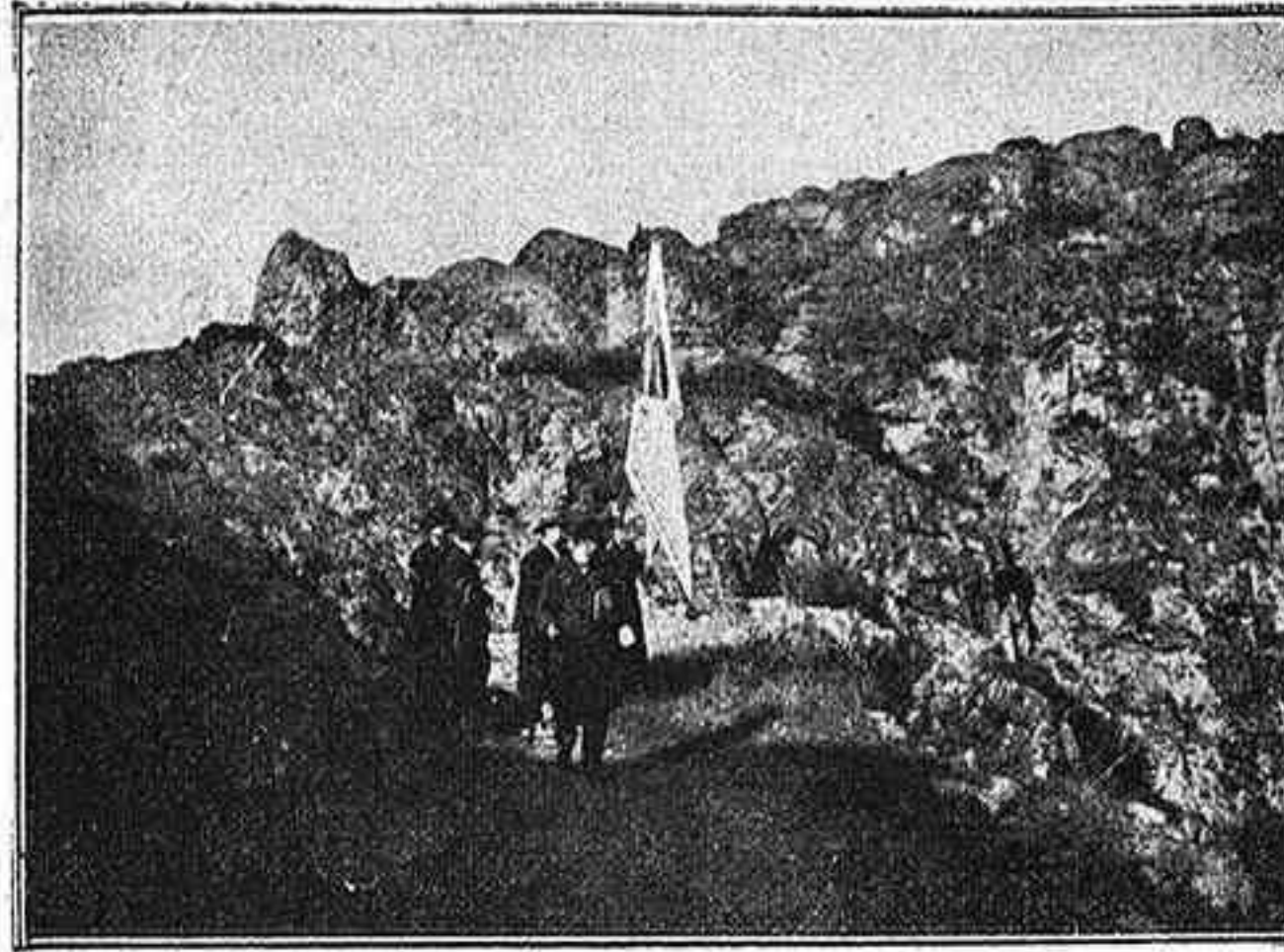
FIESTAS DE SAN MARTÍN DE CANIGÓ

El sabio y virtuoso prelado de Perpignan Monseñor Carselade ha concebido el grandioso proyecto de restaurar la que un tiempo fué famosa abadía de San Martín de Canigó, cuyas ruinas se alzan en la cima del monte de este nombre que ha inmortalizado con su hermosísimo poema Jacinto Verdager.

Cuenta la tradición que la fundación del monasterio se debió al arrepentimiento del conde Guifré, que en la iglesia del castillo de San Martín dió muerte a su sobrino por haber perdido éste una batalla contra los moros; pero prescindiendo de esta tradición, desde el año 996 tiénense ya noticias del pueblo de Castell de San Martí y se sabe que en 1007 el conde de Cerdaña Guifré y su esposa Geisla hacen donativos para que en la iglesia del mismo se edifique un monasterio de la orden de San Benito. En 1009, Oliva, obispo de Elna, consagró el templo; en 1011 el papa Sergio IV autorizó a la comunidad para que eligiera abad, y en 1035 entró de monje el conde Guifré, quien murió catorce años después y cuyos restos se guardan en la iglesia. En 1114, el conde Bernardo Guillén cedió el monasterio de San Martín al de la Grassa, facultándole para nombrar abad; la elección de éste dió lugar a una serie de disputas entre ambas comunidades, en las que intervinieron el conde de Barcelona Ramón Be-

renguer IV, el obispo de Elna, el arzobispo de Narbona y el papa Alejandro III.

En 1162, Ramón Berenguer IV dió la razón a los monjes de San Martín, y los de la Grassa, con gente armada, apoderáronse por la fuerza del monasterio, cuyos bienes vendieron; pero al año siguiente el papa mandó que estos bienes fuesen devueltos a sus antiguos propietarios y de nuevo autorizó a éstos para que eligieran abad. Hasta el siglo XV la vida del monasterio fué muy próspera; pero los terremotos



FIESTAS DE SAN MARTÍN DE CANIGÓ. — El Consistorio de los Juegos Florales de Barcelona con la bandera del conde Guifré, al frente de la procesión.

de 1428 y 1430, que derruyeron el campanario y las bóvedas del templo, iniciaron su decadencia hasta extinguirse completamente a fines del siglo XVIII. Hoy sólo quedan algunos pocos restos del cenobio y del templo primitivos que Monseñor Carselade se propone reconstruir, contando para ello con la fe y con el patriotismo de los catalanes de ambas vertientes de los Pirineos.

Para solemnizar la inauguración de las obras de restauración celebróse el día 11 del pasado noviembre, festividad de San Martín, en las ruinas de la iglesia, una fiesta religiosa a la que concurrieron numerosos fieles catalanes y roselloneses. A las diez de la mañana salió del Vernet la procesión que se dirigió al templo, y su ascensión por entre los bosques, valles y senderos de la montaña, llenos de devotos peregrinos, resultó un espectáculo imponente y pintoresco. Iba delante el Consistorio de los Juegos Florales de Barcelona, llevando la bandera del conde Guifré, blanca, con el escudo y las cuatro barras y la inscripción «*Guifré, per la gracia de Deu comte de Cerdanya y del Conflent.*» (Guifré, por la gracia de Dios conde de Cerdaña y del Conflent); seguían el pendón del Apostolado de la Oración, la hermosa cruz parroquial románica que había en la antigua iglesia y que hoy se conserva en la parroquia de Orellá, el pendón de San Martín, la Virgen de la *Soterrana*, imagen románica que había pertenecido al monasterio, el clero y las reliquias de San Martín y San Galderico. Detrás de éstas iban, montados en sendos caballos, el venerable D. Antonio, ex abad mitrado de Chambaray, con el traje blanco de los cistercienses, y Monseñor Carselade, con hábito y capa morados y cubierta la cabeza por suntuosa y riquísima mitra bordada en oro. Alrededor de los prelados apiñábanse los expedicionarios barceloneses, y en pos de ellos una multitud inmensa formaba un conjunto bellísimo de notas de color.

Al llegar al monasterio comenzó el oficio de pontifical, que celebró el obispo de Perpignan en un altar que se levantó en el ábside central, y en el que se colocaron la imagen de la Virgen de la *Soterrana* y las reliquias de San Martín y San Galderico; en los ábsides laterales se pusieron los pendones de San Martín y del conde Guifré. El capuchino perpignanés Fray Ernest pronunció un elocuente sermón, ensalzando la grandiosa empresa del prelado, dedicando un sentido recuerdo al poeta Verdager y explicando las glorias de San Galderico y de la Virgen de la *Soterrana*.

Después del oficio, Monseñor Carselade dirigió a los fieles una sentida plática en catalán.

Por la tarde celebróse con gran entusiasmo la fiesta de los Juegos Florales, presidida por el citado obispo, habiendo resultado premiado con la flor natural y con la englantina D. Miguel Costa y Llobera, presbítero de Mallorca, y habiendo obtenido otros premios los Sres. Carner, Rahola, Ubach y Vinyeta, Ruyra, Sala, Bori y Planas. Pronunciaron hermosos discursos Monseñor Carselade, los señores Roca y Vayreda y el presidente del Consistorio, don Francisco Matheu, quien en inspirados y valientes versos entonó un himno bellísimo a la lengua catalana.

Tales son, brevemente descritas, las fiestas de San

Martín de Canigó, que han dejado recuerdo indeleble en cuantos a ellas concurrieron.

Las interesantes fotografías que en el presente número reproducimos nos han sido facilitadas por don Joaquín Cabot, a quien damos nuestras más expresivas gracias por su galantería. — M.

LA SERPIENTE EN EL PECHO

(HISTORIA VULGAR)

No hay necesidad de devanarse los sesos para encontrar asuntos dramáticos: el drama vivo, palpitante, rebosando de horror trágico, está en todas partes, lo encontramos al revolver de cada esquina, se sienta al lado nuestro durante las horas de trabajo, come tal vez a nuestra mesa y acaso lo llevamos oculto en lo más hondo de nuestro ser. Ante estos dramas íntimos, las fábulas inventadas por trágicos y dramaturgos, Tyestes devorando a sus hijos, Edipo arrancándose los ojos, Macbeth «asesinando el sueño...» son pálidos reflejos de las vulgares tragedias de la vida.

De uno de estos dramas sin venenos ni puñales fuí testigo hace algunos años. No hay en él incidentes espeluznantes ni conflictos pavorosos. Es uno de tantos hechos como pasan por delante de nuestra vista sin arrancarnos una lágrima, sin fijar un momento nuestra atención. El corazón humano para conmovirse con los dolores ajenos ha menester de lo teatral y declamador. Nos hace llorar una novela ó un cuento patético y pasamos indiferentes por delante de los más negros horrores de la existencia. Conocía el alma del hombre quien estableció en lo antiguo la costumbre de las plañideras. El dolor fingido nos emociona más que el dolor real: es más artístico.

* *

El héroe de mi cuento, ó mejor dicho, historia, que historia rigurosamente verdadera es la que voy a referir, era uno de esos trabajadores de levita que tanto abundan en las grandes ciudades, braceros cuya jornada es de diez y seis horas, que luchan desesperadamente por la vida durante unos cuantos años, pocos, y que al fin caen para no levantarse más, tan olvidados, acaso más, que sus hermanos los jornaleros de las minas ó de las fábricas.

No he conocido a nadie que trabajara tanto como mi pobre amigo, a quien por nombrar de alguna manera llamaré Juan. Cuando llegábamos a la redacción, le encontrábamos ya inclinado sobre las cuartillas, dedicado a su trabajo anónimo, silencioso, a fin de no perder un solo minuto para terminar cuanto antes su tarea y emprender otra y otra luego y otra más tarde. Porque nuestro amigo tenía no sé cuántas ocupaciones diversas, y las desempeñaba todas con una escrupulosidad sin ejemplo. Para él no había ni descanso, ni fiestas, ni viajes, ni enfermedades. Esclavo de sus deberes, jamás faltaba a ellos.

— Con tanto trabajar, solíamos decirle, va usted a hacerse rico.

Él levantaba la cabeza, nos miraba con cierta expresión que hacía daño y volvía de nuevo a engolfarse en sus cuartillas.

¡Rico! Pronto supe que aquella palabra era un sarcasmo. Juan no sólo no era rico, sino que, por el contrario, estaba agobiado por las deudas. De modo que a la fatiga de trabajar sin descanso, unía la angustia de deber. La vida era para él continuo tormento: a todas horas la carta apremiante del acreedor que no espera, la insistencia y hasta el insulto del acreedor pequeño, el sonrojo de pedir prestado, los plazos que se acercan amenazadores, la petición de la paga adelantada, lo que los franceses expresan con la gráfica frase *comerse el trigo en hierba*, las congojas todas de eso que se llama «la trampa» y que es para el hombre delicado trampa verdadera en que se revuelve desesperado é impotente.

Juan, en rigor, ganaba lo bastante para vivir con decoroso desahogo: no tenía vicios; ni siquiera fumaba; pero su casa era una especie de tonel de las Danaides, en que el pobre trabajador echaba día y noche la cal de sus huesos, el hierro de su sangre y el fósforo de su cerebro.

Habíase casado con una mujer de clase superior a la suya. Tuvo la boda por colmo de su felicidad; le pareció que había alcanzado una estrella; sintió algo de lo que debieron sentir aquellos héroes de los tiempos fabulosos cuando alguna de las diosas se dignaba descender hasta ellos desde el Olimpo. Desde el punto y hora de su enlace, juróse a sí mismo consagrarse en alma y cuerpo a su esposa. La distinguida dama, habituada a las comodidades, al

lujo, á los placeres, no echaría de menos sus pasados esplendores; viviría como vivían sus iguales. Cierta que la diosa había descendido hasta el hogar de nuestro amigo sin llevar una partícula siquiera de aquel metal al que llamaba Quevedo *cándido* y *luciente*... Pero ¿qué importaba? El lucharía á brazo partido con el mundo para arrancarle la riqueza á que su ídolo tenía derecho.

Y luchó sin desalientos ni vacilaciones, en perpetuo sacrificio de su propia persona. Hubiérasele podido tomar por criado de su mujer, ó por ayo, y no padre, de sus hijos. Paseaban ellos en lujoso coche y evitaba él subir á los tranvías; lucían ellos galas y joyas y vestía él como el más humilde mozo de la redacción; veraneaban ellos en las playas más á la moda y permanecía él amarrado día y noche al banco del trabajo.

**

No le oí quejarse más que una sola vez. Habíamos ido todos los compañeros á pasar una tarde en el campo. Mientras que se preparaba la comida, Juan y yo nos sentamos en un banco de piedra á la sombra de un grupo de grandes árboles. Tocaba ya el sol con las cumbres del Guadarrama, y sonaba lejos la alegre música de un piano de manubrio.

Durante largo rato, ni uno ni otro despegamos los labios. Después mi amigo, como si pensase en voz alta, exclamó:

— ¡Qué cosa tan buena debe ser la muerte! ¡Qué bien debe dormirse allá en la mullida tierra del cementerio!

— Déjese usted, le contesté, de ideas fúnebres...

— Si viera usted, me interrumpió, qué desesperada es mi vida...

Y tras de una breve pausa añadió:

— He leído no sé en dónde un apólogo que es algo así como la explicación de mi existencia. Un caballo ruin y enfermo está enganchado á un carro lleno de gente. El pobre animalejo trata de arrastrar aquel enorme peso; el carretero le apalea, los que van en el carruaje gritan alegremente... Al fin el caballo, no pudiendo con su carga, cae moribundo en medio del camino... Yo también desde hace mucho tiempo trato de arrastrar un peso superior á mis fuerzas...

Calló y procuré torcer el curso de sus pensamientos.

**

Pasó tiempo.

Un día vimos con sorpresa que Juan no había ido á la redacción. Era la primera vez que aquello ocurría en el espacio de no sé cuántos años.

— ¿Estará malo?, pensé.

Y en efecto, no me había equivocado. Al día siguiente me explicó así su mal:

— Sentí como si con aro de hierro me apretasen el corazón: fué un ahogo terrible. Por fortuna, me ha asegurado el médico que no se repetirá el ataque. Creo que me moriría si me volviese á dar tan cruel angustia.

Y comenzó á trabajar con el mismo ardor de siempre.

Aquello era el principio del fin: el primer aldabonazo de la muerte; la terrible angina de pecho que aprieta el corazón hasta estrangularlo.

Era la enfermedad de que debía morir mi amigo. Los médicos explican con su acostumbrado tecnicismo, el terrible mal; pero sus causas no las alcanza

LOS RESTOS DE COLÓN

EN LA CATEDRAL DE SEVILLA

Terminada la instalación en nuestra catedral del hermoso mausoleo de bronce policromado, obra del

ilustre arquitecto don Arturo Mélida, que, como es sabido, concedió el gobierno á esta ciudad para que en él se custodiara el inapreciable tesoro de los restos del descubridor del Nuevo Mundo, otorgados á la misma ciudad por el ilustre descendiente del inmortal genovés el Excelentísimo Sr. Duque de Veragua, el municipio hispalense se ha apresurado á efectuar la traslación de los mencionados restos, que provisionalmente ocupaban un enterramiento en la cripta del Sagrario de la Santa Iglesia, realizando dicho solemne acto con toda la pompa y suntuosidad que requería.

El día 17 de los corrientes, á las diez y media de la mañana, llegó á la catedral el Ayuntamiento, llevando consigo el antiguo é histórico pendón sevillano, enseña notabilísima de los tiempos de Enrique IV, que acudió á todas las jornadas militares de la guerra con los moros granadinos, hasta la conquista de esta ciudad, símbolo de gloria para nosotros, la cual únicamente aparece en público en los recibimientos de los reyes y en alguna gran solemnidad.

Los señores alcalde, gobernador civil, arcipreste y mayordomo de fábrica, canónigos de la Santa Iglesia, acompañados de notario público, descendieron á la cripta, y una vez abierta la sepultura en que yacían los restos, así como la caja que los contenía, levantóse acta en que se hizo constar que, así la primera como la segunda, no ofrecían las menores señales de haber sido violentadas ni fracturadas.

Concluida esta diligencia, fué conducida procesionalmente la caja dentro de unas andas cubiertas con riquísimo paño de terciopelo negro, bordado de oro, al túmulo que había sido erigido en el crucero de la basílica, formando la comitiva, además de los señores que constituyen ambos cabildos, el señor duque de Veragua con sus ayudantes, el general de Marina del departamento de Cádiz y la oficialidad toda de las dotaciones del crucero *Extremadura* y del cañonero *Ponce de León*, llegados á Sevilla la víspera de la solemnidad, á los cuales acompañaron las principales autoridades civiles y militares.

El túmulo, cuya dirección artística fué encomendada al profesor de esta Escuela de Bellas Artes Sr. Gestoso, era de planta rectangular y constaba de una gradería de dos amplios escalones que servían de basa á otros tantos cuerpos, y estaba adornado con los escudos de los Reyes Católicos, contracuartelados con las empresas de Castilla, León, Aragón y Sicilia, con grupos de ricas banderas de seda de las Repúblicas americanas hispano-latinas, sobresaliendo entre ellas los guiones de los Reyes Católicos, y con algunos trofeos marítimos. El frente de la cabecera con riquísimo estandarte de raso, cuartelado de Castilla y León, y una antigua rueda de timón, en cuyo centro lucía un gran escudo del inmortal



LOS RESTOS DE COLÓN EN LA CATEDRAL DE SEVILLA
Túmulo levantado en el crucero de la basílica, en donde fueron depositados los restos de Colón, durante la ceremonia religiosa (de fotografía)

la patología: las causas son los dolores morales, tormento como el de la gota de agua, que acaba por deshacer los más fuertes organismos.

En vísperas de morir nos decía:

— Jamás me he encontrado tan bien.

Al día siguiente, le vimos con espanto pálido como la cal, con los ojos desencajados, llevarse las manos al cuello como si quisiera romper un dogal que le oprimiese y luego cayó desplomado sobre las cuartillas.

**

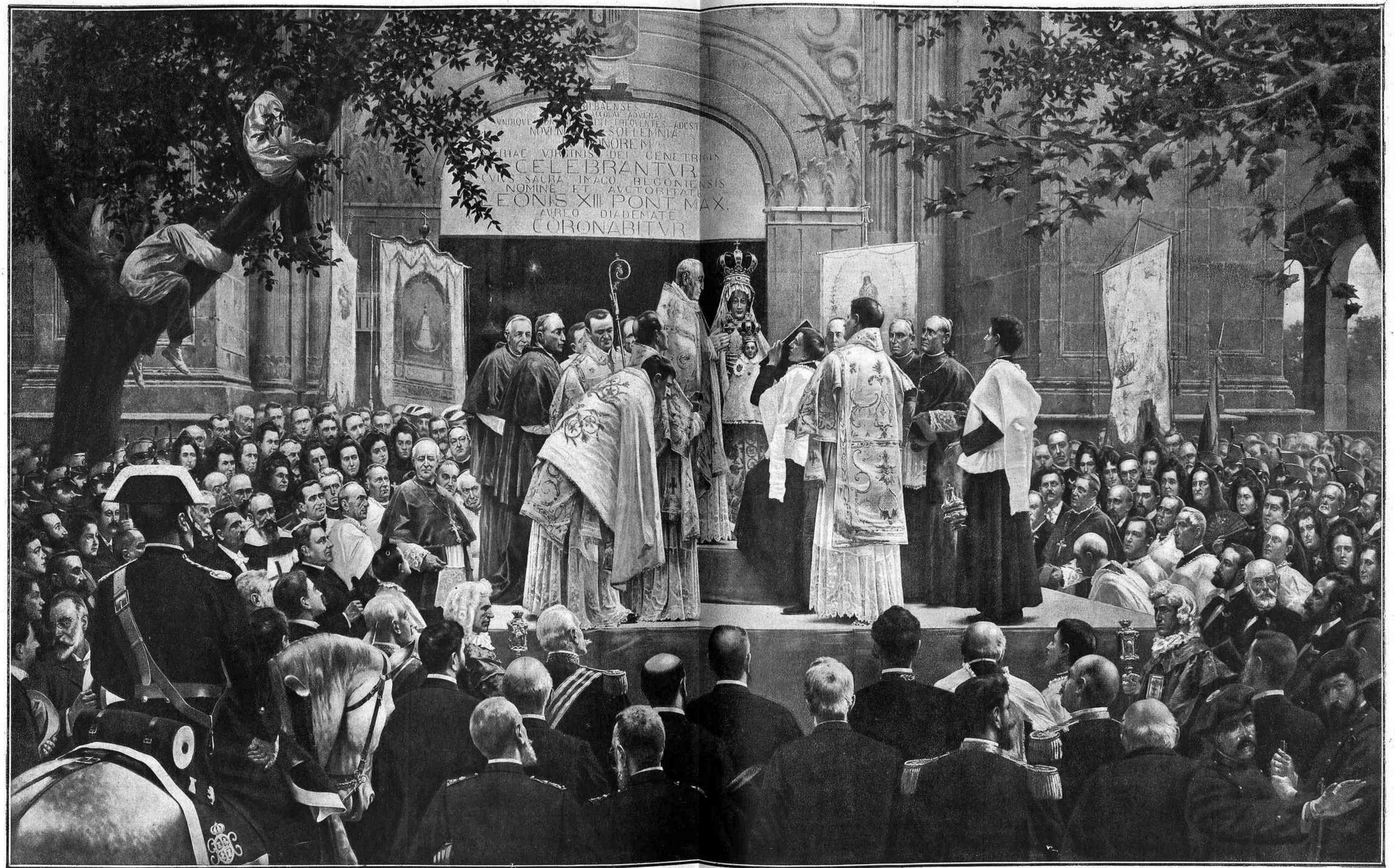
En medio de la pena que me causó aquella muerte, durante tanto tiempo presentida, sentí no sé qué especie de consuelo.

Al fin había llegado para aquel pobre compañero la hora del descanso.

Y recordé la hermosa tarde de otoño que habíamos pasado juntos y las palabras que me dijo, sentados los dos á la sombra de un grupo de grandes árboles, mientras el sol poniente bajaba ya á ocultarse tras las crestas del Guadarrama:

— ¡Que bien debe dormirse allá en la mullida tierra del cementerio!

ZEDA.



LA CORONACIÓN DE NUESTRA SENORA DE BEGONA (BILBAO), CUADRO CONMEMORATIVO DE JOSÉ ECHENA

almirante, y en el opuesto frente otro estandarte con las empresas de Aragón y Sicilia. Completaba la decoración la rica candelera de plata antigua que constituye una de las mayores riquezas de nuestra catedral.

A las once comenzó la ceremonia religiosa, ejecutándose por la Capilla de Música la magnífica misa del maestro D. Hilarión Eslava, y una vez terminada ésta, el señor arzobispo, revestido de pontifical, entonó un responso, que asimismo fué cantado con gran solemnidad. Terminadas las preces, organizóse de nuevo la comitiva que había de conducir los restos al mausoleo, y en la que tomaron parte, además de los dos cabildos, del señor duque de Veragua con todos los oficiales generales de la armada, del capitán general de Andalucía y de todos los jefes de la guarnición de esta ciudad, el Rector de la Universidad y catedráticos, presidente de la Audiencia y magistrados, directores de Academias é Institutos, la Maestranza de caballería, y en suma, todo el numerosísimo personal invitado por el municipio, que acudió á rendir público testimonio de respeto á las cenizas del gran navegante.

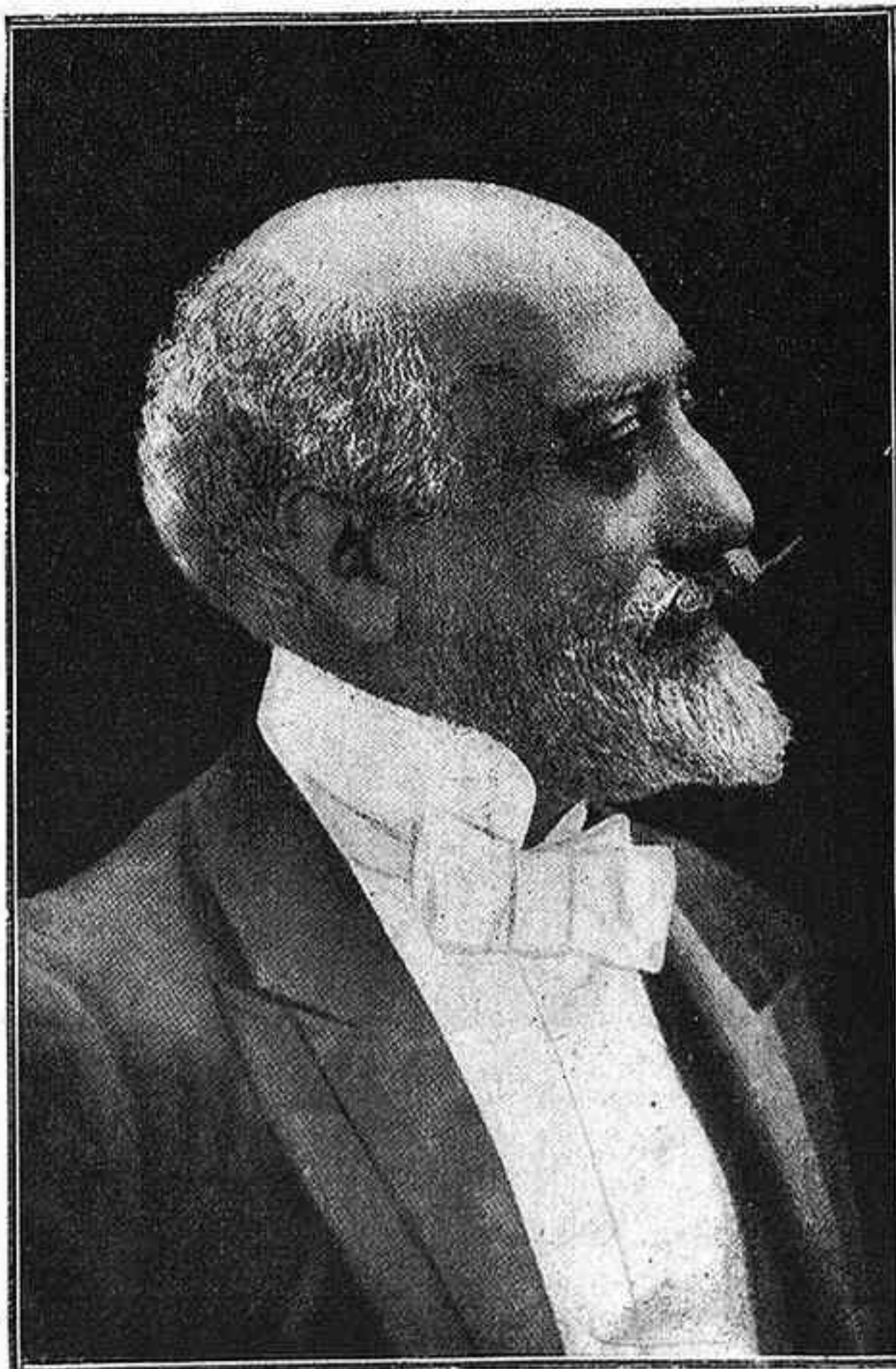
Llegados al pie del sarcófago, ascendieron por una escalinata dispuesta al efecto los señores alcalde presidente y capitán general, depositando en el interior del féretro de bronce la pequeña caja, de plomo sobredorado, que contiene las venerandas cenizas. Las tres llaves de la cerradura del féretro han quedado en poder del señor duque de Veragua, del municipio sevillano y del cabildo eclesiástico.

Sevilla, pues, conservará para siempre el inapreciable tesoro de las cenizas del inmortal descubridor con el cariño de la más afectuosa de las madres; y en este suelo, tan querido en vida del gran almirante, reposarán en el augusto santuario, digno panteón erigido en días felices por la fe religiosa y por el entusiasmo artístico de nuestros mayores. — X.

Sevilla, noviembre de 1902.

NUESTROS GRABADOS

D. Aniceto de Pagés de Puig.—Poeta de altos vuelos, pensador profundo, escritor castizo, filólogo eminente, erudito como pocos y como pocos conocedor de la literatura y



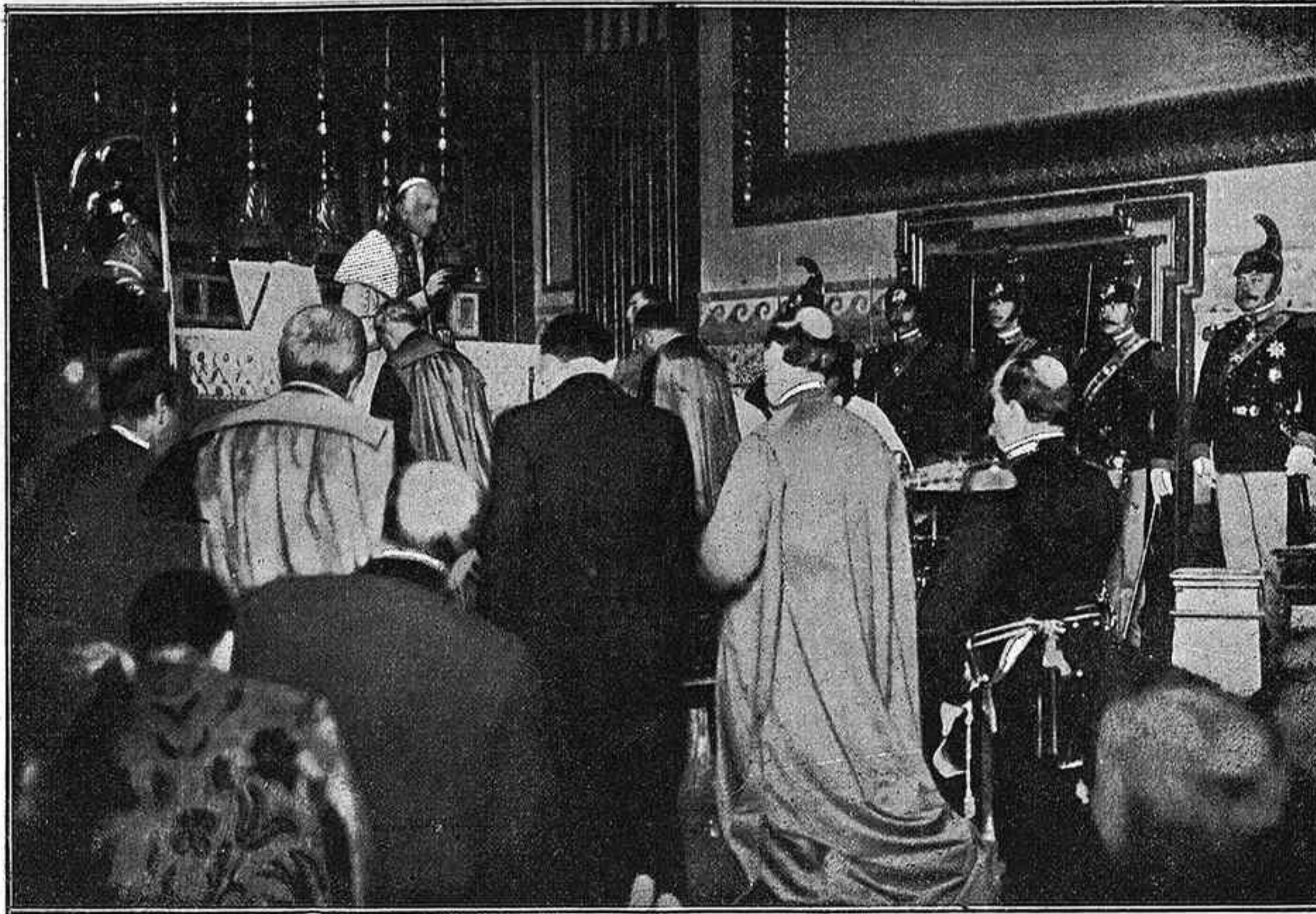
EL LAUREADO POETA D. ANICETO DE PAGÉS DE PUIG, fallecido en Madrid en 26 de noviembre último

de los clásicos españoles, trabajador infatigable, temperamento ardiente y apasionado: todo esto fué D. Aniceto de Pagés, una inteligencia privilegiada unida á una voluntad de hierro. Sus poesías le conquistaron uno de los primeros puestos entre los poetas catalanes y el honorífico título de *Mestre en Gay saber*, y sus trabajos en prosa le colocaron en el número de los mejores hablistas castellanos, y unas y otros son testimonios elocuentes de su potente genio.

La obra del *Diccionario Enciclopédico hispano-americano*, que bajo su dirección ha publicado la casa editorial de LA

habilidad y buen gusto, circunstancias que distinguen y caracterizan las producciones del artista sevillano.

Roma. Jubileo de S. S. León XIII.—Con motivo del jubileo pontificio de León XIII acuden continuamente á Roma peregrinaciones de todo el mundo para tributar al sabio y venerable sucesor de San Pedro el testimonio de religioso acatamiento de los pueblos católicos. La fotografía que adjunta reproducimos representa una de estas peregrinaciones en el acto de recibir la bendición del papa en la capilla de las beatificaciones, y por su carácter íntimo constituye una nota gráfica interesantísima que creemos han de ver con gusto publicada nuestros lectores.



JUBILEO DE S. S. LEÓN XIII.—El papa bendiciendo una peregrinación en la sala de las beatificaciones

MISCELÁNEA

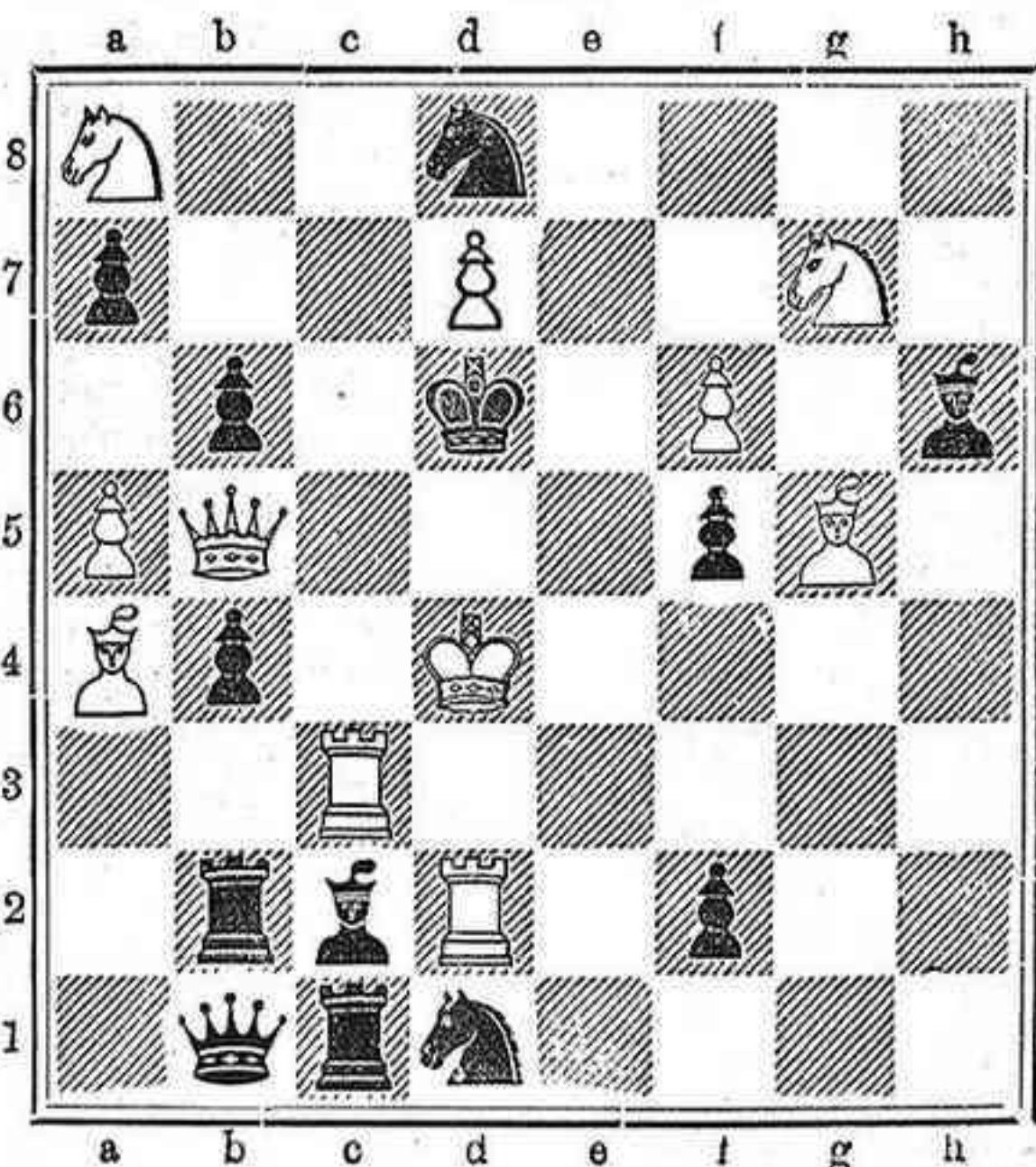
Bellas Artes.—BARCELONA.—Exposición del *Círculo de San Lucas*.—En el Salón Parés ha organizado esta colectividad artística la quinta de sus exhibiciones, si no tan copiosa como alguna de las anteriores, no menos recomendable y digna de estudio, ya que en ella figuran, además de las producciones de algunos discretos pintores, obras tan dignas de encomio como las tituladas *Los últimos pasos*, de Juan Llimona, que encarna un sentimiento piadoso y la fe del creyente, y el tablero decorativo destinado al Orfeón Catalán; los tres lienzos de Dionisio Baixeras, recuerdo de tipos y escenas de la gente de mar; un precioso paisaje de Vancells; un retrato de Antonio Utrillo; un bonito estudio de Juan Baixas y otros más, completando la exposición algunas esculturas, entre las que merecen citarse el grupo titulado *La viuda*, de Enrique Clarasó, y una estatua de Soler Forcada, titulada *Pecavi*.

Teatros.—Barcelona.—Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Principal *La visa de Grecia*, drama en tres actos y en prosa de D. E. Marquina; y en el Eldorado *La divisa*, zarzuela en un acto y tres cuadros de D. Carlos Arniches, música del maestro Torregrossa. En el Liceo se ha cantado la ópera de Wagner *Lohengrin*, en cuya ejecución obtuvo calurosos aplausos el tenor Sr. Cossira, mereciéndolos también la Sra. D'Arneiro, la Sra. Salvador, el barítono Sr. La Puma y el maestro Mascheroni. En el teatro Principal ha dado la Filarmónica su tercer concierto, que ha corrido, como el anterior, á cargo del famoso trío de Francfort, el cual ejecutó admirablemente el trío en *do mayor* de Brahms y el trío en *si bemol* de Beethoven y en unión del Sr. Crickboom un cuarteto de Schuhmann, habiendo obtenido un éxito entusiasta. En el teatro de la Granvía han dado dos conciertos el eminente violoncelista Sr. Casals y el notable pianista Haroldo Bauer, á quienes el público tributó tan grandes como merecidas ovaciones.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 303, POR E. PRADIGNAT. Segundo premio del Concurso de «La Stratégie» sección D

NEGRAS (13 piezas)



BLANCAS (11 piezas)

Las blancas juegan y se hacen dar mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 302, POR L. A. KUIJERS.

- | | |
|-----------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Cc4—d2 | 1. Rd4—e5 |
| 2. Cd2—f3 jaque | 2. Re5×f5 |
| 3. Da6—e6 jaque | 3. Cualquiera. |
| 4. A ó D mate. | |

VARIANTES.

- 2..... Rd5—e4; 3. Da6—a2, etc.
 1..... c4—c3; 2. Da6—a4jaq., Rd4×c5; 3. Cd2—e4jaq., etc.
 1..... Cf8juega; 2. Da6—e6, Rd4×c5; 3. De6—d5jaq., etc.
 1..... Ca7×b5; 2. Da6×b5, Rd4—e5; 3. Cd2—f3jaq., etc.
 2..... Cf8—e6; 3. Db5—c4jaq., etc.
 1..... Otra jug.ª; 2. Cd2—f3jaq., Cualquiera; 3. Da6—a2 ó a7, etc.

ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA constituye una labor inmensa, cuya valía é importancia ha sido por propios y extraños reconocida; pero el libro en que el Sr. Pagés compendia toda una existencia de estudio y de trabajo, el que constituyó la ilusión de toda su vida, el que ha de abrirle de par en par las puertas del templo de la fama y ha de hacer imperecedera su memoria, es el *Gran Diccionario de la lengua castellana, autorizado con ejemplos de buenos escritores antiguos y modernos*, en curso de publicación, monumento verdaderamente gigantesco, del cual han dicho personalidades tan ilustres como el P. Mir, Echegaray, Menéndez Pelayo, Sbarbi, Blasco, Pereda, Valera, Piñón, Pi y Margall y Benot, que es una empresa asombrosa, titánica, utilísima, inmensa, colosal, superior á las ordinarias fuerzas de un hombre solo y que pone á su autor entre los filólogos más distinguidos de la lengua castellana.

La muerte del Sr. Pagés constituye una pérdida grandísima para las letras patrias. Para los editores y para la redacción de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA significa algo mucho más doloroso todavía la desaparición del amigo querido, del inteligente colaborador, del sabio consejero, cuyo recuerdo jamás se borrará de nuestra mente.

Sirva el sencillo homenaje que á su memoria dedicamos de testimonio del sincero afecto y de la entusiasta admiración que por él hemos sentido siempre y que su muerte no será bastante á extinguir en nuestros corazones.

Día de invierno, cuadro de Enrique Serra.—No titubeamos en afirmar que el cuadro cuya copia ofrecemos á nuestros lectores, es una de las más notables producciones de nuestro querido amigo y distinguido artista Enrique Serra. *Día de invierno* titúlase el lienzo, y justo es convenir que así resulta y que lo avalora, ante todo, la circunstancia de ser un discretísimo estudio, digno del buen nombre del pintor, quien ha logrado imprimir en su obra esa nota melancólica que tan admirablemente retrata la estación invernal. Bien hayan los esfuerzos del artista catalán, que allá en extranjero suelo continúa la hermosa senda que emprendiera, contribuyendo á enaltecer el país á que pertenece.

La coronación de Nuestra Señora de Begoña, cuadro de José Echena.—Difícil era ciertamente ejecutar una producción de la índole ó carácter de la que reproducimos, sin menoscabo de su condición de obra artística, puesto que la circunstancia de estar destinada á conmemorar un hecho, un acontecimiento especialísimo, exigía la reunión de pormenores que podían impedir ó dificultar la finalidad artística de la producción. Y sin embargo, el Sr. Echena ha logrado felizmente su deseo, puesto que en el lienzo se armonizan perfectamente ambos propósitos, resultando una obra pictórica digna de alabanza, que recuerda un acto de carácter religioso y popular, hasta el extremo de retratar fidelísimamente la escena, así como á todos aquellos que por su cargo ó representación tomaron en él activa parte. La solemne ceremonia de la coronación de Nuestra Señora de Begoña, objeto de gran veneración para los bilbaínos, revistió extraordinaria solemnidad, y el gran lienzo que reproducimos está destinado á perpetuar su recuerdo, hallándose colocado en lugar visible del santuario. No titubeamos en felicitar al artista y al amigo por su esfuerzo, por más que de todos son conocidos sus aptitudes y merecimientos.

Un bautizo, cuadro de Domingo Fernández y González.—Otra página de la vida andaluza es el bonito lienzo que nos ofrece el Sr. Fernández y González. Digna pareja de los anteriores, presenta iguales circunstancias y condiciones. Éste como aquéllos pertenece ó corresponde á una de las fases del artista y revela quizás más que los anteriores la influencia del medio y de la escuela á que el pintor rindiera culto. Sea cual fuere su tendencia, es innegable que manifiesta

VÍA LIBRE

NOVELA ORIGINAL DE E. WERNER.— ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

— ¿Una desgracia?, preguntó Maya con voz sofo- cada.

— Sí..., ¡una desgracia! Una desgracia que me arrojó fuera de mi camino y me envolvió en una red de desventuras. Aquí, junto á ti, Maya, me había libertado de aquellas cadenas, quería comenzar una nueva existencia, créelo; pero la fatalidad me ha perseguido, aquella sombra ha resurgido y me amenaza con arrebatarme á mi Maya.

— ¡No, esto no! Haya sucedido lo que haya sucedido y suceda lo que suceda, yo no te abandono, gritó Maya convulsivamente acercándose á él. ¡Papá tiene tanta influencia! Aquí en Odensberg es el amo y te defenderá...

— ¡Ah, Maya, Maya! Tu padre, por el contrario, es quien nos separará sin compasión. Ese hombre de hierro, con sus principios intransigentes, preferirá verte morir antes que ser esposa de un hombre que... no tiene un pasado immaculado. No hay más que un medio para salvarme, uno solo; has de tener valor.

— ¿Qué debo hacer?, balbuceó Maya dominada involuntariamente por la fascinación de la voz, de la mirada de Oscar.

Este, con los ojos fijos siempre en los de la joven y con acento cada vez más febril y la voz más ardiente, siguió diciendo:

— Eres mi prometida... y tengo el derecho de hacerte mi esposa. Huyamos de Odensberg, y apenas pasada la frontera..., casémonos. Una vez casados, nadie, ni tu padre, podrá separarte de mí; toda potestad habrá de ceder ante nuestro matrimonio..., ¡serás mía!

Oscar de Wildenrod sabía perfectamente que semejante matrimonio no sería válido ante la ley, pero ¿qué le importaba con tal de que por válido lo tuviera Maya? É inmediatamente Dernburg, para salvar el honor de su nombre, no consentiría de fijo esta irregularidad y entonces podrían llenarse las debidas formalidades. Ciertamente él perdería la jefatura de Odensberg; pero su esposa sería la heredera de su padre, y por ella tendría libertad y riquezas y nadie podría arrebatársela á la mujer adorada. Era un plan atrevido, loco, dictado por la desesperación, pero realizable... Sólo con que Maya consintiera, el barón estaba salvado. Pero la joven, aterrorizada, se desprendió de sus brazos.

— ¡Oscar, dime, por amor de Dios!, ¿qué es lo que me pides?

— Mi salvación, exclamó Wildenrod con ímpetu. Sólo tú puedes salvarme..., si me quedo, estoy perdido; pero si vienes conmigo, si llegas á ser mi esposa, si te conviertes en mi ángel tutelar, me abres una nueva existencia... Yo te daré las gracias de rodillas y consagraré mi vida á tu adoración... Maya, ante mí se presentan dos caminos: uno, contigo, que

me conduce á la salvación; otro, sin ti, que me lleva á la perdición, á la...

— ¿A la muerte?, gritó Maya desesperada. ¡Ah, no, Oscar! ¡No has de morir! ¡Iré contigo adonde quieras!

mirada límpida, infantil, sino con mirada que Oscar no acertaba á comprender.

— ¿Pero no debo despedirme de mi padre?, repitió maquinalmente. ¿No despedirme de él cuando parto para siempre?

— No para siempre, Maya mía. Tu padre te perdonará. Acepto toda la culpa, tomo sobre mí toda la responsabilidad de este paso y te aseguro que volveremos.

— Yo no volveré, dijo la joven mirando en el vacío y como hablando consigo misma. Yo no volveré, lo presento. Moriré entre gente extraña y en país extranjero; moriré á consecuencia de la separación de mi padre; moriré á causa de ese tremendo misterio que no quieres revelarme y que me destrozará el corazón. Tu amor, sí, será mi muerte...

— ¡Maya!, exclamó Oscar con furioso ímpetu.

Pero la joven prosiguió sin escucharlo, hablando como en sueño, con voz sorda, monótona:

— Lo he presentado desde el primer instante. Cuando entraste en casa y vi por vez primera tus ojos, sentí una impresión extraña, como si estuviera junto á un precipicio dentro del cual hubiera necesariamente de caer. Y sin saber por qué, esta impresión la he experimentado siempre, hasta cuando me dijiste que me amabas, hasta en medio de la felicidad de estas últimas semanas. La sentía, y sin embargo no podía defenderme porque no podía reflexionar, ni pensar, ni definir lo que experimentaba, y por esto me acogía á la dicha del momento..., y ahora, tú me empujas al abismo, me arrastras... y yo ¡debo precipitarme en él!

— Pero... ¿me seguirás?, dijo Oscar pausadamente, casi sin poder respirar.

— ¡Sí, Oscar! Dices que yo sola puedo salvarte, ¿y quieres que vacile?

Y apoyando su cabeza sobre el pecho de Wildenrod, prorrumpió en un llanto copioso y desgarrador.

La inocente criatura lloraba la muerte de su felicidad. El barón, inmóvil, con los brazos sobre las rodillas, la miraba en silencio, sin abrazarla. El cielo se oscurecía por momentos, el viento soplaba cada vez más frío y el haya dejaba caer una lluvia de hojas secas sobre aquella pareja de desventurados.

De pronto Maya se irguió y con ademán resuelto enjugó las lágrimas.

— ¡Vamos!, dijo con una voz que no parecía la suya. ¡Estoy dispuesta!

— ¡No!, exclamó Oscar apartándose de ella.

— ¿Qué dices?, repuso la joven mirándole asombrada.

Oscar se quitó el sombrero, se pasó la mano por la frente, como para arrojar de ella un pensamiento,



De pie entre los cipreses, enfrente de ella, pálido, tembloroso, estaba Runeck

Wildenrod lanzó un grito de júbilo, y cogiendo á la joven entre sus brazos, cubrióla de apasionadas caricias.

— ¡Maya mía! ¡Mi Maya adorada! Lo sabía, estaba seguro de ti; sabía que aunque abandonado de todos, tú no me abandonarías. Y ahora ven, no tenemos tiempo que perder.

— ¿Ahora, en seguida?, exclamó la joven estremeciéndose. ¿Debo partir sin ver á mi padre?

— Sí, sin verle. Si le vieses, te descubrirías. Hemos de marcharnos inmediatamente. Detrás de la puercecita del parque nos espera el coche. Llevo conmigo el dinero necesario; partamos, pues... En medio de la confusión que hoy reina en Odensberg, nadie notará nuestra ausencia y ya cuidaré de que no descubran nuestras huellas hasta que anunciaremos nuestro matrimonio á tu padre.

Maya le contemplaba fijamente, pero no con su

y luego se volvió hacia Maya con el rostro extrañamente demudado. No se veía ya en él huella alguna del tumulto de pasiones que le habían agitado hasta entonces; al contrario, parecía una estatua de mármol.

— Tienes razón, dijo con acento tranquilo. Es mejor que antes de partir veas a tu padre; sería demasiado cruel no acceder a este deseo. Ve y dile... lo que quieras.

— ¿Y tú?, preguntó Maya sorprendida de aquel cambio repentino.

— Te esperaré aquí. Vale más que le hables antes de dar este paso extremo. ¡Quién sabe si lograrás convencerle!

Bastó aquella débil luz para llenar el alma inocente de Maya de la más viva y luminosa esperanza.

— ¡Sí, es verdad! ¡Deja que vaya!, exclamó impetuosamente. Le suplicaré de rodillas, le rogaré tanto que no tendrá valor para separarnos..., ¿y no sería aún mejor que vinieras conmigo?

— No, no, es inútil; es mejor que vayas sola... ¡Ve, ve, los momentos son preciosos!

Y diciendo esto la apartó de sí, la empujó casi; pero cuando la vio que se disponía a andar, le tendió de pronto los brazos.

¡Maya, ven! ¡Repítame que me amas! ¡Dime que, a pesar de todo, estás dispuesta a seguirme!

La joven se volvió hacia él, y arrojándose apasionadamente en sus brazos, exclamó:

— Qué, ¿no lo crees? ¿Temes acaso que me arrepienta y cambie de parecer? Está tranquilo; suceda lo que suceda, por horrible que sea, compartiré tu suerte y nadie podrá arrancarme de tu lado.

— ¡Gracias!, murmuró con voz más dulce y profundamente conmovida y contemplándola con ternura infinita. ¡Gracias, Maya, mía! No sabes lo que para mí significan esas palabras, el bien que con ellas me haces. ¡Dios te bendiga, te recompense y... te sostenga! Tal vez ahora sabrás de labios de tu padre lo que yo no he tenido el valor de decirte; pero cuando todos me condenen y me maldigan, piensa solamente que te he amado inmensamente... ¡Hasta ahora no he comprendido cómo te amo... y te lo demostraré!

— Pero... Oscar, ¿te quedas aquí, verdad?, preguntó Maya atormentada por un secreto terror.

— Sí, Maya; me quedo en Odensberg, te doy de ello mi palabra... ¡Ve, ve, criatura bendecida!

Y estrechándola entre sus brazos como a una niña, la besó delicadamente, con recogimiento, en la frente y en los cabellos, y luego la dejó partir. La joven se alejó; pero al llegar al lindero del bosque, volvióse para mirar a Oscar, el cual permanecía inmóvil junto al banco y la seguía con los ojos. Al ver que se volvía, le sonrió, y Maya, tranquilizada con aquella sonrisa, echó a correr hacia la casa.

Oscar no se movió mientras pudo verla; luego volvió a sentarse en el banco y metió la mano en el bolsillo: sí, allí estaban sus papeles, el dinero y algo más que se había llevado consigo, en el último momento, para lo que ocurrir pudiera. Ahora podía...; pero no, no allí cerca de la casa...; una hora antes ó después no importaba... y para realizar su plan era más apropiado la noche.

— ¡Pobre Maya mía! ¡Cómo llorarás! ¡Cómo te desesperarás! Me parece estar viéndote...; pero tu padre sabrá consolarte. Tienes razón, santa criatura, esa vida y mis culpas serán tu muerte... ¡No, es preciso que te salves! ¡Yo sólo me sacrificaré!

XXIV

En el extremo del parque, en un recinto rodeado de cipreses, descansaban las cenizas de los padres de Everardo Dernburg, de su esposa y de su hijo único. No había allí estatuas ni monumentos, pero en cambio las lápidas estaban cubiertas de hiedra y en la estación de las flores abríanse sobre ellas las rosas y los claveles.

Ahora, por el contrario, todo estaba desnudo, triste, desolado, y el viento que agitaba las copas de los cipreses tenía en aquel lugar acentos de dolor, de lamento.

Cecilia se dispuso a partir de allí. Las visitas frecuentes que hacía a la tumba de Enrique, el adornarla con flores, parecíanle deberes de gratitud hacia el que tanto la había amado, hacia aquel a quien debía su actual posición; y estos obsequios al difunto le parecían además una leve compensación de los cuidados que hubiera debido prodigarle vivo, si la muerte no le hubiese herido en aquella hora misma en que ella se rebelaba al solo pensamiento de esos cuidados, de esos deberes...

Antes de marcharse, Cecilia se inclinó para arreglar mejor las flores que había llevado a la tumba del marido; luego se enderezó, pero una violenta

sacudida la hizo estremecerse. De pie entre los cipreses, enfrente de ella, pálido, tembloroso, estaba Egberto Runeck, más emocionado que ella misma por el inesperado encuentro.

— Perdón, por haber venido a estorbar a usted, señora Dernburg, murmuró. No creía encontrarla aquí.

— ¡Cómo! ¿Usted en Odensberg?, preguntó Cecilia sin disimular su sorpresa.

— He ido a ver al Sr. Dernburg y he querido aprovechar la ocasión para visitar la tumba de mi amigo de la infancia... Es la primera vez que la visito y será la última, porque esta es ciertamente la última vez que vengo a Odensberg.

Y sin mirar la esbelta figura de aquella mujer enlutada y cubierta con un velo, acercóse a la tumba, delante de la cual permaneció largo rato con la cabeza inclinada, con la mano apoyada en el mármol y silencioso. Cecilia, en tanto, se había alejado, deteniéndose junto a uno de los cipreses que cercaban el cementerio.

— ¡Pobre Enrique!, murmuró al fin Egberto separándose de la tumba y dando algunos pasos hacia Cecilia. ¡Pobre Enrique! ¡Morir tan pronto! Y sin embargo... es una muerte envidiable la suya, en plena felicidad.

— ¡Pobre Enrique! ¡Merecía mejor suerte!, dijo la voz emocionada de Cecilia. Me conturba y atormenta la idea de haber sido tan poco digna de su amor..., pero desde el cielo me perdonará, porque verá...

Runeck la miró con expresión extraña, avanzó dos pasos hacia ella, y deteniéndose dijo en voz baja:

— Mejor mil veces morir dichoso que morir desesperado para desgracia propia y de otros..., como vivo yo.

La joven se envolvió en su manto, como si sintiera frío, y luego preguntó:

— ¿Por qué ha venido usted a Odensberg?

— Para seguir mi fatal destino..., para traer la desolación, para hacer infelices a los seres a quienes más quiero. ¡Esta es mi suerte! Estoy destinado a hacer sufrir a las personas a quienes amo y a ser mi propio martirizador... Es una fatalidad que me persigue y a la cual no puedo substraerme..., y he de vivir con el convencimiento de ser causa de dolores y de atraerme el odio de quien me es más querido.

— ¿Pero el Sr. Dernburg le ha recibido?

— Ha tenido por fuerza que recibirme y escuchar-me, porque he ido a cumplir un deber con él...

— ¿Y ahora?..

— Ahora el abismo que entre los dos se abre es más profundo que nunca..., pero no por culpa mía.

— Y... el pasado..., ¿no fué culpa suya?

Egberto recostado en un ciprés, delante de Cecilia, estaba agitadísimo.

— ¿El pasado?, repitió bajando los ojos. ¿Cómo discernir hasta dónde tuve razón y en dónde empecé mi culpa? Sólo una cosa me tranquiliza, y es que mis móviles fueron puros, nobles..., puedo decirlo sinceramente, Cecilia... En mi primera juventud soñé con una sociedad reconstruida sobre bases más iguales; soñé destruido el enorme desequilibrio actual y creí posible la realización de mi sueño...; pero he visto que este objeto humanitario servía sólo de pretexto y de velo a ambiciones personales, y he comprendido cuán lejano, cuán irrealizable es todavía mi sueño, no de igualitarismo social, sino de general mejoramiento... Y estas desilusiones las he conquistado al precio del sacrificio de mí mismo y de lo que más amaba en el mundo. Me habré equivocado, pero créame, Cecilia, he expiado mi error y nadie sabe cuán duramente. ¿Ve usted si es despiadada mi suerte?

En vano esperó una respuesta; Cecilia guardó sepulcral silencio. El viento, como aquella mañana en el Albenstein, llegaba hasta ellos con todas sus modulaciones, desde el leve murmullo del céfiro al ronco bramar del huracán; pero allí, bajo los cipreses, no se unían al viento los sonidos alegres de las campanas de la iglesia, y antes bien oíanse mezclados con rumores sordos, extraños, pavorosos. La tempestad que se aproximaba impedía distinguir con exactitud aquellos ruidos, pero no cabía duda de que además del viento un rumor cada vez más perceptible llegaba hasta los dos jóvenes, en la gris atmósfera crepuscular, junto a las tumbas.

Calmóse el viento, y la gritería resonó más clara, más distinta.

— ¿Qué es este ruido?, preguntó Cecilia estremeciéndose. ¿Viene de casa?

— No, parece que viene de los talleres; hace rato que lo oigo, respondió Egberto.

Los dos se pusieron a escuchar; de pronto Egberto dió dos pasos fuera del sagrado recinto.

— Son voces de hombre, es una multitud revolu-

cionada...; algo pasa en los talleres. Váyase usted a casa, que yo voy allí.

— ¿Usted, Sr. Runeck? ¿Y por qué?

— Para defender al Sr. Dernburg..., yo sé mejor que nadie cuán exaltados y azuzados contra él están los obreros; si sale..., no está seguro entre sus trabajadores.

— ¡Oh, Dios mío!, gritó la joven aterrada.

— No tema usted; mientras yo esté al lado del Sr. Dernburg, estará seguro, ¡ay de quien osara acercarse! Váyase a casa.

Y sin decir más, Egberto se fué.

Cecilia lanzó un grito; la ansiedad del presente le hacía olvidar el pasado. Corrió al lado de Runeck, y cogiéndole por el brazo gritó:

— ¡Egberto!

Este se volvió creyendo haber oído mal.

— ¿Cecilia?..

— Egberto, ¿va usted a desafiar a esa gente exaltada? ¿Quiere, pues, ir en busca de la muerte? Esas gentes creen que usted es de los suyos, y si ahora le ven enfrente de ellas, al lado del amo..., ¡oh, Dios mío!, ¿qué harán? ¡Egberto, no se exponga! ¡Piense en mí!, gritó la joven fuera de sí.

Un grito de alegría le respondió, y Egberto hizo ademán de extender los brazos; pero la joven, turbada ante aquel gesto, retrocedió, y Runeck, posando sus ojos en las enlutadas vestiduras de la viuda, se contuvo. Quitóse el sombrero, é inclinándose le cogió la mano, que llevó a sus labios, conservándola así largo rato. Después alzó el rostro conmovido, radiante, la miró con ojos llenos de lágrimas y murmuró:

— ¡Sí, pensaré en ti! ¡Adiós, Cecilia mía!

XXV

Las minas de Odensberg, en donde durante tanto tiempo habían reinado únicamente el trabajo y la concordia, habíanse convertido en teatro de escenas salvajes.

Las prudentes medidas adoptadas por los empleados para poner un dique a la efervescencia de las masas, para mantener la calma después de las expulsiones, habían sido inútiles; todas las providencias se estrellaban ante la actitud de desconfianza del partido que secretamente dirigía Landsfeld y a cuyo frente estaba en Odensberg el obrero Fallner. Aquel día había acudido allí el jefe socialista en persona; raras veces se dejaba ver en Odensberg, pero en aquella ocasión creyó necesaria su presencia. Las cosas amenazaban tomar un sesgo poco agradable para los jefes: la mayoría de los obreros habían vuelto a la reflexión, y más de la mitad de ellos estaban resueltos a reanudar los trabajos sometiendo a las condiciones del amo; y como este ejemplo habría acabado por arrastrar a los demás, Landsfeld estaba resuelto a impedirlo a toda costa. Para ello era preciso provocar escenas de violencia que hicieran imposibles las aproximaciones y las explicaciones, y en verdad que no habían perdido el tiempo Landsfeld y sus compañeros, azuzando unos contra otros a los obreros. Las fraguas estaban llenas de las masas tumultuosas y agitadas que se amenazaban recíprocamente: Fallner y sus secuaces lanzaban contra los del partido opuesto palabras ultrajantes, envenenadas, llamándoles ¡traidores, viles, miserables, perros!, y los ofendidos contestaban a estos insultos con otros echando en cara a sus compañeros que les hubieran colocado en una posición no buscada por ellos y obligado a tomar resoluciones de las que nada querían saber. Habían hasta venido a las manos, y de un momento a otro las contiendas podían convertirse en sangrientas; y en este caso, ¿qué horda de fieras podría compararse con aquella muchedumbre embriagada ante la vista de la sangre?

En la casa de la dirección se discutía agitadamente. Los empleados subalternos, después de abandonar las oficinas y los talleres cerrados, habían acudido a los directores declarando impotentes las medidas adoptadas, y los directores escuchaban desesperados sin saber qué aconsejar.

— Es inútil; hay que llamar al amo, dijo el director. El Sr. Dernburg prometió que en caso necesario intervendría..., y ahora ya no sé qué hacer.

— ¡No, por caridad!, exclamó Winning. El amo no debe dejarse ver; no está dispuesto ciertamente a hablar con buenas palabras a la gente, y si viniera y se mostrara duro, ¡Dios solo sabe lo que podría ocurrir!

— Pero esos hombres de allá arriba, ¿qué es lo que quieren en resumen?, exclamó el doctor Hagenbach, que también se hallaba presente, temiendo que pudieran necesitarse sus servicios médicos. ¿A quién amenazan? ¿Al Sr. Dernburg? ¿A nosotros? ¿O es que se amenazan entre sí?

- Probablemente lo saben ellos menos aún que nosotros, respondió el ingeniero jefe. El que ve claro es Landsfeld, el cual evidentemente quiere lograr un objeto determinado, y desde el momento en que hoy ha venido á Odensberg, podemos prepararnos para algo grave.

- Razón de más para que yo no me sienta con fuerza para asumir por más tiempo toda la responsabilidad, dijo el director. Comunicaré al Sr. Dernburg que ya no somos dueños del campo, y él hará lo que mejor le parezca.

Y dicho esto, se acercaba al teléfono, cuando los rumores del exterior cesaron de repente; después se oyeron algunas voces que no tardaron también en callarse, y siguióse un silencio de muerte. Los empleados corrieron á la ventana para ver lo que sucedía.

- ¡El amo!, exclamó Winning. Ya me figuraba que oyendo el tumulto vendría en seguida, sin necesidad de que le llamáramos.

- Temo que al fin ocurrirá alguna desgracia, murmuró Hagenbach.

- Abramos las puertas para que en caso necesario pueda retirarse aquí, dijo el director.

- El amo está solo; ni siquiera le acompaña Wildenrod, añadió Winning. ¡Vayamos nosotros, señores, en seguida!

Las puertas fueron abiertas, pero ni los empleados podían acercarse á Dernburg, ni éste llegar hasta ellos, pues les separaba una muralla humana. Los esfuerzos del director y de sus compañeros para atravesar aquella compacta muchedumbre, fueron inútiles; los obreros que más cerca de ellos estaban adoptaron inmediatamente una actitud tan amenazadora, que aquellos señores se retiraron para no provocar alguna violencia que habría podido caer sobre Dernburg.

Éste había venido inesperadamente por el sendero que desde su casa conducía á la dirección sin pasar por los talleres. Nadie le había visto llegar, y ahora estaba en medio de sus obreros como si hubiese surgido de las entrañas de la tierra. En aquella ocasión se demostró todo el poder de su personalidad: su sola presencia había bastado para imponer la calma á aquella multitud exaltada, que entonces permanecía inmóvil como por encantamiento. Todas las miradas estaban fijadas en aquella figura imponente, en aquella frente arrugada; todos esperaban su primera palabra. Dernburg miró lentamente en torno suyo; parecía como si examinase á aquella muchedumbre, á la que hasta entonces había dirigido sin esfuerzo y que ahora se le presentaba como enemiga; miraba y no hablaba, cual si las palabras se negaran á acudir á sus labios.

Por desgracia, Landsfeld se hallaba muy cerca de él, y á su lado estaba Fallner con los más temerarios de sus adictos. La presencia de Dernburg no contrarió al jefe socialista, antes bien le fué grata, y un rayo de satisfacción brilló en sus ojos mientras murmuraba al oído de Fallner:

- ¡Aquí está el viejo! Ya lo sabía yo que no se quedaría encerrado entre cuatro paredes ahora que la tempestad está desencadenada. ¡Tanto mejor! Ahora la cosa irá viento en popa.

Por fin, en medio de aquel pavoroso silencio, dejóse oír la voz de Dernburg, alta, segura, vibrante.

- ¿Qué es este estrépito en mis talleres? No veo la causa de ello. Vosotros habéis manifestado vues-

tras ideas y yo he mandado cerrar los talleres, y cerrados los tengo. Se os ha pagado el jornal, ¡idos, pues, á vuestras casas!

Los obreros se quedaron sobrecogidos. Estaban acostumbrados al tono breve, imperioso, del amo; pero aquel acento despreciativo, glacial, era la primera vez que lo oían en su boca. Todos permanecían asombrados sin decir nada. Landsfeld, en cambio, creyó llegado el momento oportuno de intervenir personalmente.

- Tú sígueme con los otros, dijo en voz baja á Fallner, y se adelantó hacia Dernburg.

- Aquí no se trata del pago de jornales, comenzó diciendo con aire de desafío. Lo que los obreros

de aprobación; los demás permanecieron silenciosos.

- ¿Lo oye?, dijo Landsfeld irguiendo la cabeza con ademán triunfante. Y yo le digo que las condiciones señaladas por usted para reanudar los trabajos son vergonzosas, humillantes, y declaro que quien las acepte es un vil, un traidor.

- Y yo le declaro que con usted y con sus semejantes no tengo que ver nada, gritó Dernburg irrito ante aquella provocación. He presentado á mis obreros las condiciones bajo las cuales volveré á abrir los talleres; pero entiéndase bien, á mis obreros, que con hombres de la ralea de usted no tengo relación ni lazo de unión alguno.

- ¿Con hombres de mi ralea?, gritó Landsfeld echando fuego por los ojos. ¿Somos, acaso, gusanos en opinión del gran señor? Compañeros, ¿lo oís? ¿Y toleráis que lo diga?

Aquella invocación á sus compañeros produjo algún efecto, pues de todos lados se oyeron insultos y amenazas dirigidos contra el Sr. Dernburg, y la multitud se estrechó aún más en torno de éste, separándolo de toda ayuda. En aquella situación, el Sr. Dernburg podía ser víctima de cualquier atropello.

De pronto, oyéronse á lo lejos voces, gritos, no ya salvajes y amenazadores, sino de salutación alegre; y rápidamente, como un reguero de pólvora al que se prende fuego, el grito llegó hasta las bocas de los que rodeaban á Dernburg.

- ¡Viva Runeck!, gritó la muchedumbre abriendo paso al ingeniero que llegaba presuroso.

Egberto casi no podía respirar á consecuencia de la veloz carrera que había emprendido desde el cementerio al lugar del desorden; pero tenía un aire decidido, animado, y con actitud resuelta fué á colocarse al lado del Sr. Dernburg.

Landsfeld le miró con expresión irónica, y cuando Runeck fijó en él una mirada amenazadora, se encogió de hombros y murmuró:

- ¿Ah, sí? ¿Quieres romperte la crisma tú mismo? ¡Corriente! Hazlo, así me ahorraré yo el rompértela.

Egberto, en tanto, había paseado su mirada en torno, y reconociendo el peligro de la situación, había apelado al único medio que podía salvarles.

- ¡Fuera de la puerta!, gritó á los obreros que tenían sitiada la dirección.

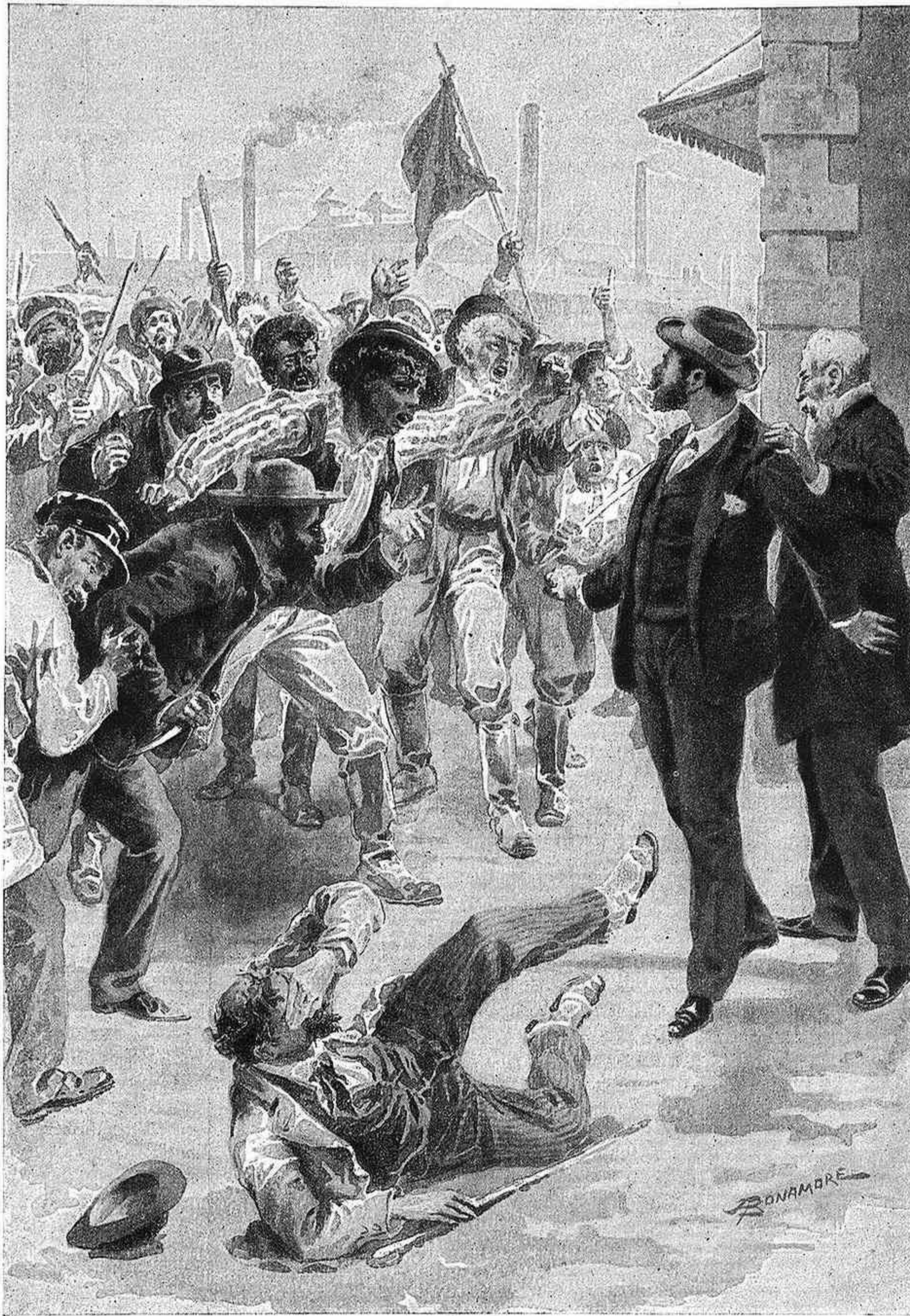
¿No veis que el Sr. Dernburg quiere reunirse con sus empleados? ¡Abrid paso inmediatamente! Yo le acompaño.

Aquella gente, sorprendida, desorientada por el nuevo sesgo que la cosa tomaba, obedeció inconscientemente y empezó á retirarse. Pronto quedó libre el paso á las oficinas de la dirección, y Dernburg, llevando á su lado á Runeck, habría podido entrar fácilmente en ellas y ponerse á salvo; pero no era este el plan de Landsfeld, el cual avanzando como un loco gritó con acento furioso:

- ¿Qué significa esto? ¡Nuestro diputado se pasa al enemigo y se pone en contra nuestra! ¡Runeck, aquí! ¡Tu puesto está entre nosotros! ¡Tú debes representar nuestros derechos! ¿O es que quieres convertirte en traidor?

Aquellas pérfidas palabras causaron la impresión deseada: levantóse un murmullo sordo, amenazador, general, y Runeck perdió la prudencia que hasta entonces se había impuesto.

- ¡Vosotros!, gritó con voz tonante. ¡Vosotros sois



Fallner y los suyos, dando alaridos salvajes, se alanzaron contra Runeck

quieren de usted, Sr. Dernburg, ya le ha sido comunicado. Aquellas expulsiones injustas han de...

- Dispense, ¿quién es usted? ¿Quién le da derecho para intervenir en este asunto?, dijo Dernburg interrumpiéndole, aunque ya le conocía de vista.

- Me llamo Landsfeld, respondió con altanería, y creo que esta es autorización suficiente.

- No, porque usted no pertenece al número de mis obreros y yo no tolero la intervención de personas extrañas. ¡Salga usted inmediatamente de Odensberg!

La orden era orgullosa y despreciativa: Landsfeld dió un paso atrás y miró de pies á cabeza al hombre que tenía delante y que se atrevía á hablarle de aquel modo.

- No obedezco esta intimación, dijo irónicamente. Estoy aquí en nombre de mi partido, al cual los asuntos de Odensberg tocan muy de cerca. Camaradas, ¿me reconocéis como á vuestro representante? ¿Puedo hablar por vosotros?

Fallner y los suyos, que habían seguido á Landsfeld y ahora le rodeaban, respondieron con alaridos

los traidores, los infames que atacáis al hombre que por vosotros ha hecho cuanto ha podido! ¡Atrás todos! ¡No os acerquéis á él, pues al que le toque lo mató!

Runeck tenía un aspecto tan exaltado, tan terrible, que todos retrocedieron, todos menos Landsfeld.

— ¿Quieres probar de matarme á mí?, gritó precipitándose sobre Dernburg.

Pero en aquel mismo instante el puño vigoroso de Egberto cayó sobre Landsfeld, quien aullando de dolor cayó al suelo, cubierto de sangre.

Estos hechos que habían sucedido con la rapidez del rayo, desencadenaron las pasiones de la furibunda multitud: Fallner y los suyos, dando alaridos salvajes, se abalanzaron contra Runeck que se había colocado delante del Sr. Dernburg cubriéndole con su cuerpo. Por algunos minutos la fuerza hercúlea de Egberto pudo resistir á todos los que le asaltaban, pero se preveía cómo había de terminar aquella lucha desigual. Brilló en el aire un puñal que el brazo de Fallner blandía, y Egberto cayó herido.

La vista de Landsfeld derribado había vuelto casi demente á la multitud; en cambio, la vista de Egberto tendido en el suelo la llenó de horror. Todos permanecieron anonadados ante la monstruosidad del hecho, y hasta el mismo Fallner quedóse inmóvil, espantado de su propia acción. En medio de aquel pavoroso silencio, el Sr. Dernburg, pálido como un cadáver, se precipitó sobre el herido y lo cogió en brazos.

En el entretanto, los directores habían podido salir de la oficina y se habían acercado á su jefe: el doctor Hagenbach supo aprovecharse de las circunstancias, y adelantándose gritó:

— ¡Paso al médico!

La muchedumbre se apartó, y Hagenbach, seguido de los demás empleados, llegó hasta el señor Dernburg; pero éste parecía no darse cuenta de lo que le rodeaba; arrodillado junto á Egberto, sostenía el cuerpo de éste entre sus brazos y apoyada la cabeza sobre sus rodillas.

Cuando Hagenbach se inclinó para examinar la herida, Dernburg, con voz entrecortada por la emoción preguntó:

— ¿Está herido... mortalmente?

— ¡Muy gravemente!, respondió el doctor. Es preciso llevarse en seguida.

— ¡A mi casa!, ordenó Dernburg.

Después Hagenbach inspeccionó á Landsfeld.

— Aquí no hay peligro ninguno, dijo dirigiéndose á los circunstantes; un poco de aturdimiento sin importancia. Llévenlo á la dirección, que pronto volverá en sí. En cambio, Runeck, añadió con el semblante dolorido, está gravísimo.

Un murmullo lastimero surgió de la multitud, y cuando seis hombres levantaron las angarillas en que estaba tendido Egberto sin conocimiento, aquella masa humana se estremeció. Su diputado, el hombre por ellos elegido á despecho del amo, festejado y exaltado por ellos, yacía ahora moribundo, herido por mano de uno de los suyos, y á su lado caminaba el amo transido de dolor, estrechando su mano... No era necesario entonces intimar á la gente que abriera paso; todos se apartaban, mudos y afligidos, ante el triste cortejo... Por encima de aquellas cabezas había pasado un hálito de muerte...

XXVI

Apenas llegada á su casa, Maya buscó á su padre; pero éste se encontraba entre los obreros, por lo que la pobre niña, conmovida y agitada, no supo hacer otra cosa que precipitarse en brazos de Cecilia para desahogarse y solicitar consejo y ayuda en aquel horrible conflicto moral en que se encontraba. Mas con gran asombro suyo, encontró á su cuñada en tal estado de ansiedad y de exaltación que ni siquiera pudo hablarle.

— ¡Déjame!, decía la viuda desesperada paseando agitadamente por el terrado, desde donde se veían las fraguas. ¡Déjame, hija mía! Después te escucharé; hablaremos más tarde; ahora, ¡oh, Dios mío! ¡Ahora sólo puedo pensar en el peligro que corre!

Maya se sintió desfallecer. ¡El peligro que corría! ¿A quién podía referirse Cecilia más que á su padre? ¿De modo que su padre estaba expuesto á un peligro tan grande? É impresionada por la agitación de Cecilia, la pobre niña se puso á recorrer la casa, yendo de ventana en ventana, inquieta, convulsa, olvidando casi, en medio de un nuevo afán, la embajada que allí le había llevado.

Había transcurrido más de una hora...

Maya se volvía loca. ¿Qué pensaría Oscar de su tardanza? Podía creer, viendo que no comparecía, que vacilaba y que estaba dispuesta á dejarle correr solo á la ruina...

¡No, no! Era preciso volver adonde él la esperaba, aunque fuera por pocos minutos, para decirle que aún no había podido hablar con su padre... Y habiendo tomado esta resolución, salió corriendo al parque, en medio de la obscuridad, y se encontró delante de Dernburg.

Éste había pasado con la triste comitiva por el caminito lateral que no podía verse desde la terraza. Por prescripción severa del doctor Hagenbach, los que conducían á Egberto habían caminado muy despacio, pero el movimiento y el dolor de la herida habían hecho volver en sí al joven ingeniero. Su primera pregunta había sido por Landsfeld, y cuando el doctor le dijo que se trataba de una cosa sin importancia, serenóse su semblante y lanzó un suspiro de satisfacción.

Maya no se había fijado en aquella comitiva, sino que al ver á su padre se arrojó á su cuello impetuosamente, exclamando:

— ¡Oh, papá! ¡Estás vivo y salvo! ¡Bendito sea Dios! Ahora todo irá bien.

— Sí, estoy sano y salvo, pero á este precio, dijo señalando á los que le seguían.

La joven advirtió la presencia del herido y lanzó un grito de horror.

— ¡Calma, hija mía!, recomendó el Sr. Dernburg. Esperaba entrar en casa sin ser visto para no asustaros. ¿Dónde está Cecilia?

— En el terrado, murmuró Maya dirigiendo una dolorosa mirada á su amigo de infancia, que yacía casi moribundo en las parihuelas. Y voy en seguida á tranquilizarla, porque estaba como loca de ansiedad por ti, añadió echando á correr hacia la casa.

Dernburg hizo conducir á Egberto á su cuarto ayudando á colocarlo en la cama, y luego volviéndose á Hagenbach le dijo:

— Doctor, dígame qué debo hacer; quiero ser yo quien le ayude.

— Corriente, respondió el médico. Lo que se necesita es calma y tranquilidad, y usted está abundantemente dotado de una y otra.

En aquel mismo momento abrióse la puerta sin previo aviso, y entró Cecilia, seguida de Maya.

La señora Dernburg parecía una sonámbula: con paso rápido, pero segurísimo y sin preocuparse de los allí presentes, sin ver nada ni á nadie, excepto el enfermo tendido en el lecho, dejóse caer de rodillas al lado de éste, junto á la cabeza del herido.

— Egberto, me habías prometido vivir, y sin embargo... gritó desesperadamente prorrumpiendo en sollozos y ocultando su rostro entre las ropas de la cama.

Dernburg se quedó como herido por un rayo. No había tenido jamás la menor sospecha, y aquella revelación imprevista le impresionó de un modo indescriptible.

— No quería morir, Cecilia, murmuró Egberto con voz apagada, no... ciertamente... fué para salvarle, y miró á Dernburg que, sin comprender lo que aquello significaba, se aproximó al lecho y murmuró lentamente:

— ¿Conque vosotros dos?..

Cecilia irguió el rostro, cubierto de lágrimas, y cogiendo entre sus manos la del hombre amado, la estrechó tiernamente, y en aquella posición miró á Dernburg con ojos suplicantes diciendo:

— Papá... ahora... ¿puedo?... ¿no es ningún mal, verdad?

Egberto agitado, con el rostro encarnado, movióse como si quisiera hablar, pero el anciano le contuvo.

— Cálmate, Egberto, no es necesario que te justifiques. No puedo sospechar ni de ti ni de ella, añadid poniendo su mano sobre la cabeza de Cecilia. Me figuro una dolorosa novela del pasado, porque, además, sé que hace meses que no vienes á Odensberg... Hoy ha sido la primera vez y has tenido que pagar tu venida con tu sangre.

— ¡Pero esta sangre me libra de las cadenas!, exclamó Egberto con viveza. ¡Ahora soy libre!.., añadió, volviendo á dejar caer la cabeza sobre la almohada.

— Pero de este modo no se va á ninguna parte, dijo el doctor interviniendo en la conversación. Señores míos, aquí mando yo; de lo contrario, no respondo de nada. Sr. Runeck, necesita usted la mayor calma posible; que si ésta es indispensable en toda herida, ¡figúrese lo que será tratándose de una grave! Haremos todo lo que humanamente pueda hacerse, pero usted también ha de ayudarme permaneciendo tranquilo, sin pensar en nada.

Dernburg miró á su nuera, que había vuelto á levantar hacia él sus bellísimos ojos suplicantes.

— El doctor no necesita más que á una persona que le ayude, dijo, y quería yo ser esta persona; pero ahora creo tener una rival, y por esto te lo confío á ti, hija mía, seguro de que Egberto no puede estar en mejores manos y de que sabrás obligarle á tener

calma, ¿no es verdad?, terminó diciendo mientras en sus labios se dibujaba una sonrisa llena de emoción.

Luego se inclinó para mirar al herido, que había cerrado los ojos; pasó la mano por la frente de Cecilia, que la cogió para besarla, y después de haber cruzado algunas palabras con el doctor, salió de la estancia.

Maya, que no se había movido del umbral de la puerta, asombrada también por la revelación de los sentimientos de Cecilia y de Egberto, salió con su padre y le siguió, pero tan tímida y vacilante como si hubiese cometido una mala acción y hubiera de confesar alguna culpa.

— Papá, quisiera decirte una cosa, murmuró con los ojos bajos. Es verdad que hoy has tenido bastantes disgustos, pero... no puedo retardar... Allí en el parque está quien espera mi decisión y la tuya... Debo ir á comunicárselas... ¿Quieres escucharme?

Dernburg habíase vuelto hacia ella. Sí, era verdad, había sufrido mucho, pero ahora llegaba el sufrimiento más cruel. Maya le contemplaba ansiosa, temblando, y él abrió los brazos y oprimiendo sobre su pecho á la criatura adorada, murmuró con entrecortado acento:

— ¡Pobre Maya! ¡Pobre, pobre niña mía!..

XXVII

Había cerrado la noche, una noche oscura, de cielo negrísimo sin estrellas. Reinaba el silencio en las minas; los obreros habían vuelto todos á sus casas, impresionados por los sucesos acaecidos, asombrados por la desaparición de Fallner y por la marcha precipitada, á pie, de Landsfeld apenas vuelto en sí. Una tempestad de invectivas, de imprecaciones, de lamentos alzóse entonces contra el que había derramado la sangre de uno de ellos mismos y contra el que les había reducido á aquella condición con la esperanza de un provecho propio, y luego, al ver el mal sesgo que tomaban las cosas, les había abandonado violentamente á sus propias fuerzas... Abandonados por el antiguo amo, abandonados por el nuevo caudillo, sentíanse como entontecidos y no podían pensar en el porvenir, dominados como estaban por el remordimiento al pensar en aquel que en casa de Dernburg estaba luchando con la muerte.

En medio de las tinieblas, un hombre alto, imponente, envuelto en un abrigo de pieles, se acercó lenta y furtivamente á la casa y se detuvo debajo de las ventanas en donde todavía se veía luz; eran las del cuarto en que Egberto, dominado por la calentura, deliraba, del en que yacía Maya como atontada, del de Dernburg. El hombre que permanecía inmóvil con los brazos cruzados sobre el pecho, oculto en la obscuridad, ignoraba los últimos acontecimientos de aquella jornada: había ciertamente oído los gritos de rebelión mientras estaba con Maya junto al estanque y sabía los temores que se abrigaban; pero ¿qué le importaba ya de Odensberg y de la vida?..

Oscar de Wildenrod había llegado á los últimos extremos: la existencia ningún atractivo tenía ya para él; comprendía que no había de volver á ver á su prometida y que para él todo había concluido; y sin embargo, una fuerza irresistible habíale empujado allí, cerca de la única criatura á quien de veras había amado en el mundo. Y en el último momento había demostrado cuán grande, cuán inmenso era aquel dolor. La salvación que en aquella última ocasión se le ofrecía, habíale rechazado por amor á Maya: para salvar á ésta había aceptado su propia perdición. Y ahora el recuerdo de aquel amor quedaba como el único sentimiento puro en una vida manchada, perdida; el desequilibrio era demasiado grande, y ahora esperaba él nivelar los platillos de la balanza con una bala de plomo.

Pero por un instante el presente se desvaneció, y clavando sus ojos en la casa, Wildenrod volvió á ver en su mente la primera noche que pasara en Odensberg. Desde la ventana de su habitación había contemplado, en medio de la nocturna obscuridad, el espectáculo grandioso de aquel centro de trabajo, y llevando ya en el corazón el germen de aquella simpatía hacia la joven, que debía transformarse en pasión, había sentido hervir en su pensamiento planes ambiciosos, sueños atrevidísimos. En aquel momento, habíase prometido á sí mismo llegar á ser amo y señor de aquel mundo de trabajo, había saboreado toda la voluptuosidad del triunfo y con mirada orgullosa había contemplado las fraguas donde colosales fuegos despedían columnas de chispas que se perdían entre las tinieblas... Ahora, por el contrario, una quietud fúnebre reinaba por doquier, el incesante trabajo había concluido, los hornos estaban apagados.

(Continuará.)

TILLY BEBÉ

LA DOMADORA DE LEONES

La señorita Matilde Rupp, que con el nombre de Tilly Bébé está llamando la atención en el Circo Medrano de París, sólo hace dos años que se dedica á la profesión de domadora de leones; antes era secretaria taquígrafa de un célebre abogado de Viena, empleo que entró á desempeñar después de haber recibido una instrucción excelente en el Instituto Comercial de la capital austriaca. La joven Matilde, en cuanto podía escaparse del despacho del letrado, íbase al Jardín Zoológico, en donde permanecía en contemplación muda delante de las fieras; y á fuerza de ver y estudiar á los leones del Atlas y á los tigres de Bengala, sintió nacer en ella la vocación de domadora y comprendió que aquellos animales no debían ser tan fieros como se dice, puesto que se mostraban mansos con sus guardianes, bien es verdad que éstos jamás les trataban con brutalidad.

Vió también en las colecciones de fieras de las ferias domadores que en nada se parecían á aque-

los guardianes, sino que eran aún más feroces que sus mismos leones; y en aquel cerebro de muchacha, ya que entonces sólo contaba veinte años, germinó la idea de que bien podría obtenerse por la dulzura lo que otros se esfuerzan por conseguir mediante la violencia.

ser tan hábil como su profesora, la cual le cedió sus doce leones. Matilde tomó entonces el nombre de Tilly Bébé y comenzó á recorrer Europa en busca de éxitos y de fortuna. Los éxitos ya los ha obtenido; la fortuna no tardará en alcanzarla, porque un domador que sabe lo que trae entre manos y trabaja á conciencia tiene siempre brillantes contratas.

Los ejercicios que con sus fieras practica Tilly Bébé son curiosos é interesantes, y aquella joven que parece casi una niña se pasea por entre sus doce leones como si fueran perros ó gatos, juega con ellos é introduce su linda cabecita en las enormes fauces del león Carlos, sin llevar en la mano ni un látigo siquiera. Sus leones parecen amarla y la miran con ojos llenos de dulzura. Tilly Bébé tiene, como todos los domadores, su secreto, y aunque las mujeres no suelen pecar de reservadas, ella no ha querido revelar el suyo;

lo más probable es que el tal secreto consista en la confianza que la joven domadora tiene y en el estudio que ha hecho del carácter de cada uno de sus doce leones, y en no hacer ejecutar á los animales más ejercicios que los que les gustan y pueden practicar sin violencia alguna. - X.



TILLY BEBÉ, LA DOMADORA DE LEONES

Una casualidad, la ida á Viena de la condesa X, permitióle poner en ejecución el proyecto que había concebido: Matilde Rupp solicitó de aquella domadora que la aceptase como auxiliar y en seguida firmó su contrata. En poco tiempo acostumbróse tan bien la joven á su nuevo oficio, que no tardó en

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Chaumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOGACIONES.

FUMOZE-ALBESPETRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FARMACIA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS RES
JORET-HOMOLLE
 CURA
LOS DOLORES, REÍARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS
 F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
 prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES DE LA PIEL
 Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
 102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro Inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro Inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro Inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

GARGANTA
 VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.— Precio: 12 Reales.
 Exíjase en el rotulo a firma
DETHAN, Farmaceutico en PARIS

VINO AROUD
 CARNE-QUINA
 MEDICAMENTO - ALIMENTO
 El más poderoso **REGENERADOR**
 Prescrito por los Médicos
 Este vino de un gusto exquisito con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza, etc.
 102, Rue Richelieu, PARIS
 Y EN TODAS FARMACIAS DEL EXTRANJERO

LA SAGRADA BIBLIA
 EDICIÓN ILUSTRADA
 á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
 Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO
 PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exíjase en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PUREZA DEL CUTIS
 LAIT ANTÉPHELIQUE
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 CANDES et C^{ie}
 81, St-Denis, 48

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD
 Curadas por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. - 50 Años de éxito.
HIERRO QUEVENNE

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILLIYORE, DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



Un bautizo, cuadro de Domingo Fernández y González

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

VINO NOURRY

Por su sabor agradable y su eficacia en los casos de

ANEMIA DEBILIDAD LINFATISMO y ENFERMEDADES del PECHO

Sustituye con ventaja á las Emulsiones y al Aceite de Hígado de Bacalao.

CLIN y COMAR, PARIS — y en todas las Farmacias.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO - ASMA - OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

AGUA LEHELLE
HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BÓTICAS Y DROGUERÍAS.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BÓTICAS Y DROGUERÍAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.